

LOS REGISTROS DEL PAISAJE EN LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA ¹

POR

ALMUDENA OREJAS SACO DEL VALLE
MARÍA RUIZ DEL ÁRBOL MORO
ÓSCAR LÓPEZ JIMÉNEZ
Instituto de Historia. CSIC. Madrid

PALABRAS CLAVE: Arqueología del paisaje, paisaje y territorio, geoarqueología, registro *off-site*.
KEY WORDS: Landscape Archaeology, Territory and Landscape, Geoarchaeology, Off-site Record.

RESUMEN

Se abordan en este artículo algunas tendencias y campos de trabajo dentro de la Arqueología del paisaje. Se propone, en primer lugar, una aproximación a los registros del paisaje —el espacio económico, el territorio y la percepción— y a continuación su visión sintética e histórica en el paisaje, entendido como el espacio de las relaciones sociales. La aproximación metodológica global incorpora una serie de estrategias de investigación entre las que hemos destacado la Geoarqueología y el papel esencial de la prospección arqueológica en el reconocimiento y estudio del registro *off-site*.

SUMMARY

The aim of this paper is to present some tendencies and working areas within the Landscape Archaeology. First, an approach to the diverse landscape records is proposed — the economic space, territory and perception—, next their historical synthesis in the landscape, as the space of social relations. The global methodological approach incorporates a series of research strategies among which we have pointed out the close connection with the Geoarchaeology and the essential role of the archaeological survey in the recognition and study of the off-site record.

1. REALIDADES E «IDEALIDADES» ESPACIALES

Las sociedades agrarias antiguas se formaron y cambiaron en la compleja trama de realidades y percepciones espaciales, distintas e indisociables, que estudia la Arqueología del paisaje. Estos registros espaciales no tienen porque ser físicamente coincidentes, ni continuos, ni permanentes. Históricamente, espacios explotados, espacios delimitados y espa-

cios percibidos actúan dialécticamente configurando el espacio social que es el paisaje. El enfoque funcionalista se ocupa sobre todo de los primeros, de los espacios productivos, generando, desde los años 1970, el primer impulso a los estudios espaciales en Arqueología. Recientemente es evidente la reorientación de estas investigaciones, en parte relacionada con la mejor integración de los análisis paleoambientales y geoarqueológicos. Los trabajos sobre la morfología de las áreas explotadas ocupan igualmente un importante capítulo, en particular el estudio de los parcelarios antiguos, dentro de los que tiene especial peso la investigación sobre las centuriaciones.

El espacio delimitado es territorio; la delimitación física con la creación de fronteras (más o menos permeables) refleja decisiones administrativas y jurídicas, la apropiación del territorio por un grupo que es resultado, a su vez, de diversos procesos (segmentación, concentración, conquista, sinecismo...); estos procesos dejan su huella en la determinación misma del territorio, en la distribución, jerarquización y especialización del poblamiento y en la forma e intensidad de la explotación de los recursos. Esta apropiación indica la existencia de una comunidad política o de una entidad administrativa, o en situación de dependencia respecto a una organización dominante.

El estudio morfológico del paisaje permite básicamente acceder a los rasgos relacionados con los dos aspectos citados: estructuras de explotación (parcelarios, infraestructura hidráulica, acondicionamiento de terrenos, minas y canteras, etc.), elementos de delimitación (hitos fronterizos, mojones, etc.) y de articulación interna o externa de los territorios (distribución y jerarquización del poblamiento, red viaria, etc.). La percepción de ese espacio antropizado es resultado de la apreciación colectiva de los niveles citados y otra serie de elementos simbólicos que forman parte del imaginario de la comunidad o de alguno de sus grupos y que, al menos parcialmente, son detectables en el registro material. De alguna manera es el discurso de la comunidad sobre su espacio a su vez configurador del paisaje.

¹ Grupo de investigación *Estructura social y territorio. Arqueología del paisaje*. Este trabajo ha sido realizado dentro del proyecto de investigación *AGER. La formación de los paisajes antiguos en el occidente peninsular: estructuras sociales y territorios* (BHA2001-1680-C02-01) del Ministerio de Ciencia y Tecnología (DGI).

Así, el paisaje no es una realidad tangible, formal y monolítica, sino la relación entre estos diversos aspectos. Desde la Arqueología del paisaje se propone una aproximación histórica a esa espacialidad compleja y dinámica, síntesis de relaciones socio-económicas, políticas e ideológicas de las comunidades antiguas. No es, por lo tanto, una metodología que pretenda la reconstrucción del paisaje antiguo en un momento dado, sino su estudio histórico.

Nuestra pretensión ahora es desglosar en estas páginas algunas de las propuestas actuales más relevantes desde nuestra propia experiencia en esta línea de investigación. Nos referiremos por lo tanto básicamente a trabajos centrados en la Protohistoria y en el Mediterráneo romano. Los registros que ahora proponemos forman parte de esa estrategia epistemológica de aproximación al paisaje como objeto de estudio histórico pero, desde nuestro punto de vista, no pueden ser considerados como niveles diferentes y aislables realmente. El proceso de investigación exige una aproximación analítica, una disección, pero sólo la síntesis permite, efectivamente, el estudio del paisaje.

2. ESPACIOS PRODUCTIVOS

La Arqueología funcionalista, con su definición ya clásica de la cultura como «adaptación extrasomática» se interesó, lógicamente, por los espacios productivos en los que son perceptibles las intervenciones que han hecho posible esa adaptación mediante cambios funcionales (con especial atención al cambio tecnológico). Así, en las posturas más deterministas, cualquier cambio cultural no es concebido sino como una respuesta al cambio ambiental. Este enfoque permitió el primer desarrollo de los análisis paleoambientales y la aplicación de modelos de análisis espacial para tipificar las relaciones de las comunidades con ese medio-recursos. El procesualismo abrigó la denominada Ecología humana o cultural, que hizo popular K. W. Butzer (1989), fundamentada en la geoarqueología, arqueometría, arqueobotánica y arqueozoología.

Recordemos que los trabajos de referencia de C. Vita-Finzi y E. Higgs y de K. Flannery marcaron el inicio de una amplia y desigual serie de estudios sobre los territorios de explotación y captación de yacimientos arqueológicos. En términos generales las claves son:

- Localización de las zonas de procedencia de las materias primas documentadas en el ya-

cimiento para determinar su área de captación.

- Determinación de un territorio de explotación ligado al yacimiento teniendo en cuenta básicamente el tipo de sociedad y trazando isocronas.
- Establecimiento de las potencialidades productivas del territorio de explotación (sectores arables, recursos pastables, agua, etcétera).

Estas pautas se han integrado ampliamente en la investigación arqueológica, en particular para períodos pre y protohistóricos que asumen en la práctica la autarquía de los poblados. Pero, evidentemente, estas operaciones se pueden efectuar con criterios más o menos estrictos y haciendo entrar diversas variables.

Otra vertiente del estudio de los espacios productivos es el análisis morfológico de elementos relacionados con la explotación antigua de los recursos. Se trata en este caso de la localización e identificación de formas integrantes de estructuras de explotación antiguas, en particular en sectores de explotación agropecuaria —ámbito de mayor desarrollo sobre todo por el estudio de parcelarios antiguos— o minera².

Así, desde hace ya tres décadas, básicamente las investigaciones sobre los espacios productivos se han montado sobre la determinación de territorios de explotación/ captación, las series de datos paleoambientales y geoarqueológicos, y los estudios morfohistóricos. El primer aspecto no sólo ha ocupado cientos de páginas, sino que además ha sido objeto de críticas y reorientaciones en el marco de las revisiones postprocesuales. Nos ocuparemos ahora brevemente de los otros dos puntos citados³.

² Una parte importante de los trabajos de nuestro grupo de investigación se ha desarrollado precisamente en relación con zonas mineras, y en este contexto hemos efectuado estudios morfológicos. Ver por ejemplo: Sánchez-Palencia, 2000; Sánchez-Palencia y Ruiz del Árbol, 2000; Orejas, 2001 y en prensa.

³ En la selección que ahora proponemos dejamos además fuera algunos temas de indudable importancia y peso en la investigación arqueológica, como es el caso del intercambio y el comercio como articuladores de espacios. Muchos de los trabajos desarrollados en este campo (relativos a intercambios externos) enlazan con las propuestas de Wallerstein sobre el «sistema mundial» y las interpretaciones de las relaciones en el mundo antiguo en términos centro-periferia a diversas escalas (aunque el mismo I. Wallerstein considera que su teoría no es aplicable antes del siglo XVI). Como referencia general pueden consultarse los volúmenes de la serie *Arqueología Espacial* editada por el Seminario de Arqueología y Etnología Turolese.

Geoarqueología y paleoambiente

Los recientes trabajos y congresos⁴ sobre estudios paleoambientales y geoarqueológicos indican que lentamente se consigue superar la fase de generación de series de datos paralelas a los trabajos arqueológicos de campo, ligadas al esquema estratigráfico de los yacimientos e interpretadas en términos exclusivamente funcionales. Todavía, sin embargo, como estas mismas reuniones muestran, y a pesar del continuo intercambio entre los distintos especialistas, son muy pocos los estudios que integran de forma efectiva la geoarqueología en su desarrollo y aprovechan todo el potencial que esta línea de investigación presenta para el estudio de los paisajes antiguos. El camino hasta la integración real será largo, y debe pasar por una reflexión conjunta y pluridisciplinar, que vaya más allá del diálogo constructivo entre especialistas y logre una verdadera colaboración que sustituya los tradicionales «encargos» de análisis yuxtapuestos a la información arqueológica.

Los temas que debe afrontar la geoarqueología en el marco de una verdadera Arqueología del paisaje son múltiples⁵. En nuestra opinión la geoarqueología debe ser uno de los pilares de la investigación de la historia de los paisajes prehistóricos y antiguos del Mediterráneo y para ello la Arqueología tiene que superar la tendencia a centrarse exclusivamente en la localización de yacimientos en el espacio y a tratarlos como puntos aislados en un medio cuya reconstrucción se plantea a partir de datos parciales.

El origen de la importancia de la geoarqueología en la investigación arqueológica se encuentra en los estudios, ya citados, de Vita-Finzi y Butzer, centrados desde muy temprano en el análisis de los procesos de erosión y sedimentación del área mediterránea y dirigidos a la comprensión de la formación de yacimientos. La influencia de estos trabajos en la arqueología mediterránea ha sido tan grande que, hasta hace poco, al hablar de geoarqueología, se entendía que ésta comprendía fundamentalmente los estudios geomorfológicos y sedimentológicos (ver, por ejemplo, los trabajos de Davidson y Shackley,

1976; Schiffer, 1987; van Andel, 1994). Sin embargo, desde hace unos años, el término geoarqueología ha pasado a integrar todas las líneas de la reconstrucción medioambiental arqueológica (petrogeoquímica, geomorfología, sedimentología, edafología, micromorfología, palinología, antracología, arqueozoología, etc.)⁶. Algunos campos tienen una mayor tradición, como la paleobotánica; otros han experimentado recientemente un mayor desarrollo: es el caso de la edafología, cuyas aportaciones, tanto en el análisis de suelos de ocupación como de explotación, están respondiendo a interrogantes arqueológicos sobre los procesos de formación del registro (Sánchez y Cañabate, 1998; Bravard y otros, 1999).

Uno de los problemas más comunes relativos a la investigación geoarqueológica es equiparar el estudio del paisaje con la reconstrucción medioambiental, aunque sin duda ésta debe formar parte de cualquier aproximación arqueológica al mismo paisaje. Desde este punto de vista, Vicent (1998) ha insistido en la necesidad de invertir la situación creada por la ecología cultural procesualista, situando los análisis paleoambientales en el centro de la práctica arqueológica, sin olvidar que el núcleo de ésta es la síntesis histórica. De esta forma, el objetivo de la geoarqueología en el contexto de la Arqueología del paisaje, no es la reconstrucción del medio sino la explicación de su participación como factor determinado y determinante en el proceso de construcción social del paisaje (Vicent, 1998; Vicent y otros, 2000).

Desde este punto de vista la geoarqueología debe contribuir a extender la consideración de registro arqueológico global al paisaje, ya que los vestigios para el estudio de la explotación del territorio no se reducen a acumulaciones de materiales sobre el terreno, sino que se extienden a todos y cada uno de los elementos del paisaje (suelos, sedimentos, estructuras agrarias, etcétera). Como ha afirmado Greeves (1989: 663), una gran parte del registro arqueológico es invisible e impreciso, y requiere nuevas aproximaciones. En este sentido, la geoarqueología debe ser sólo uno de los integrantes del estudio del paisaje, sin olvidar que la complejidad de los archivos generados por la interacción de las sociedades con su entorno es tan grande que una aproximación unidireccional no es suficiente. Muchos de los cambios que se pueden detectar ahora en el paisaje son el resultado de largos procesos; otros pudieron ser causados por eventos catastróficos de corta duración o a intervalos recurrentes. La desigual diná-

⁴ Es el caso del congreso celebrado en Gante en 1998 (Vermeulen y De Dapper, 2000) o el desarrollado en París recientemente (entre los días 24-26 de abril de 2002) que será próximamente publicado (E.G. Fouache (coord.), en prensa). Otros trabajos de síntesis publicados en los últimos años son los editados por Leveau y otros (1999) y Naco, Olesti y Prieto (2000).

⁵ Una síntesis interesante sobre los temas de la geoarqueología en el marco de la Arqueología del paisaje es la realizada por Barker y Bintliff (1999).

⁶ Sobre el contenido, técnicas y desarrollo de estas disciplinas y su integración en los estudios arqueológicos: Rapp y Hill (1998); Bravard y otros (1999). También una visión general en los trabajos recopilados por Guilaine (1991).

mica de la formación de los diferentes registros geoarqueológicos (geomorfológicos, sedimentológicos, edafológicos, palinológicos), en la que se superponen diversos ritmos así como factores globales, regionales o locales, unida a las condiciones ambientales específicas de la formación de los depósitos antrópicos (litológicas, bioclimáticas), hacen que una reconstrucción medioambiental basada en una sola disciplina (como tradicionalmente ha ocurrido con la palinología), sea tremendamente discutible⁷.

En definitiva, es la integración de todos los registros (o lo que es lo mismo, de las señales disponibles de la ocupación y explotación del territorio por los grupos humanos, tal y como han sido definidas por Martínez, Fábregas y Franco, 2000, 175) la base de la integración entre arqueología y geoarqueología. Y, como afirmábamos al principio de este apartado, esta integración debe realizarse desde una colaboración, en la que tanto historiadores como geólogos o científicos de la tierra se concentren en desarrollar una metodología unificada para el estudio del pasado desde la cultura material.

La morfología del suelo explotado

En todo el mundo se han realizado estudios sobre elementos fosilizados que formaban parte de redes antiguas de estructuras artificiales para la explotación del territorio: parcelarios, marcas de arado, infraestructuras relacionadas con la conducción o la evacuación del agua, estructuras de explotación de recursos minerales, etc. La evidencia de parcelarios prehistóricos y antiguos ha generado una abundante producción bibliográfica, en particular a raíz de la difusión de cartografía a escalas adecuadas y de la fotografía aérea. Estos documentos permiten detectar redes en superficies relativamente amplias, además de facilitar la detección de trazas en ocasiones invisibles sobre el terreno y la identificación de diversos procesos de fosilización de estructuras. La delimitación de áreas cultivadas (o cultivables) es, evidentemente, uno de los más claros indicios de una explotación agraria planificada y de una regulación del acceso a la tierra —aspecto que abordaremos en el punto siguiente.

Sobre todo en Europa noroccidental, se han efectuado investigaciones sobre sistemas de división de la tierra desde el neolítico y, en particular, a partir de la Edad del Bronce, como es el caso de los conoci-

⁷ La escala espacial, así como el ámbito cronológico o la resolución analítica cambian según el tipo de análisis realizado. Estas son variables importantes que no deben perderse de vista en cualquier reconstrucción ambiental.

dos «*reaves*» de Dartmoore (Fleming, 1988), y los relativamente abundantes sistemas identificados como «*celtic fields*» (Fowler y Evans, 1967). Sin embargo, la aproximación a los espacios productivos a partir de aspectos morfológicos ha tenido un particular desarrollo en las investigaciones sobre la implantación romana. Desde los años 1930, a partir de trabajos pioneros como los de Déléage, el descubrimiento de redes de centuriaciones romanas coincidentes con las descritas por los agrimensores antiguos (cuyos textos se difundieron sobre todo en la segunda mitad del XIX), supuso el inicio de una larga serie de estudios sobre parcelarios romanos regulares ortonormados. Hoy, y sobre todo desde los años 1970⁸, las publicaciones sobre el tema se cuentan por centenares y las actitudes hacia estos trabajos van desde las mostradas por los adeptos incondicionales a las críticas más feroces. En nuestra opinión, los estudios sobre centuriaciones merecen un trabajo de revisión específico por su complejidad, la amplia producción bibliográfica y por el abuso que con frecuencia se ha hecho de ellas⁹. Aplazamos esta reflexión para otra ocasión; sólo indicaremos aquí algunas cuestiones generales como sugerencias para una revisión más profunda.

Desde una perspectiva general es imprescindible «historizar» el estudio de las centuriaciones y no reducirlo a un puro ejercicio de detección y encaje en una malla teórica de trazos identificados sobre un mapa o una fotografía aérea y, en el mejor de los casos, completado por un sondeo. La centuriación es una de las más claras materializaciones de la intervención imperialista romana en el suelo conquistado, que implica la apropiación de un espacio pro-

⁸ Las investigaciones sobre centuriaciones tienen su mayor desarrollo en Italia y en Francia. En Italia muchas de las redes de centuriaciones son indiscutibles y están excepcionalmente bien conservadas (*Misurare la terra*, 1984-1989; Chouquer y otros, 1987). Constituyen, junto a los parcelarios tunecinos, las extensiones más completas y mejor estudiadas (a partir del clásico Atlas de Caillemier y Chevallier y luego gracias a trabajos recientes de P. Troussel y J. Peyras entre otros). La tradición en Francia cuenta ya con más de siete décadas, alimentada por ciertos estudios monográficos como el de Béziers y el hallazgo y abundantes trabajos sobre los excepcionales mármoles de Orange. En los años 1970 la Universidad de Besançon se convirtió en el centro impulsor aunque posteriormente se ha dado una diversificación de la producción. Entre las publicaciones recientes más significativas: Clavel-Lévêque 1995; Clavel-Lévêque y Vignot, 1998; Clavel-Lévêque y Orejas, 2002; Chouquer, 1996-1997. Se pueden encontrar revisiones regulares de las investigaciones en la sección «Paysages et cadastres de l'Antiquité», publicada en *Dialogues d'Histoire Ancienne*, y regularmente en otras revistas como la *Revue Archéologique du Centre de France*.

⁹ Hay una reciente, aunque parcial, revisión en Chouquer 2000.



Fig. 1. La centuriación de Béziers A. Imagen vertical (IGN 1968) sobre la que se han indicado estructuras viarias y del parcelario isoclinas a la centuriación A. Los cuadrados blancos señalan los asentamientos rurales (según M. Clavel-Lévêque).

ductivo, la disposición de él y una ordenación nueva estandarizada que marca y hace visible esta nueva situación (Clavel-Lévêque, 1983). Como tal intervención debe ser analizada y no exclusivamente en el marco de un estudio morfológico, más o menos refinado, y con el objetivo de alimentar un inventario ya artificialmente engrosado. Ni es la única forma de ordenación del espacio agrario dominado, ni se aplicaba de manera indiscriminada ya que reflejaba la apropiación de un espacio por Roma y su transmisión a ciudadanos romanos. En último término, está relacionado con mecanismos restrictivos de acceso a la tierra, y es, por lo tanto, esencial en la configuración de las relaciones sociales en la comunidad y en la reproducción del sistema (figura 1).

Las recientes ediciones del *Corpus Agrimenso-*

*rum Romanorum*¹⁰ permiten realizar una aproximación a estos difíciles y ricos documentos, teniendo presentes sus contextos y objetivos precisos. Estos textos han sido con frecuencia mal o parcialmente leídos; si ellos fueron los que dieron la pauta para las primeras identificaciones, también son ahora claves en este proceso de comprensión de las implicaciones sociales, políticas y técnicas de las intervenciones romanas en el suelo cultivable. Estos mismos tratados revelan la aplicación de otras formas de organización de la tierra ligadas a su explotación, a la

¹⁰ Se han realizado ediciones revisadas y traducciones al francés de los textos de Sículo Flaco, Balbo, Higinio, Higinio Gromático y Frontino; próximamente aparecerá la publicación del texto de Agenio Urbico. Ver también Campbell, 2000.

tributación, a las relaciones de las comunidades itálicas o provinciales con Roma ¹¹.

La futura investigación sobre las centuriaciones, como sobre parcelarios antiguos en general, deberá, por otro lado, ser más estricta en las fases de detección y de identificación dentro del análisis morfológico. En muchas ocasiones se han ignorado problemas técnicos relacionados con escalas o proyecciones, no se han contrastado suficientemente los datos con documentos históricos y no se han efectuado con la suficiente precisión estudios metrológicos. Por ello se han llegado a identificar como centuriaciones parcelarios regulares muy posteriores ¹² o supuestas redes ortogonales débilmente documentadas (con una coincidencia de trazos detectados de menos de un 10% sobre la malla teórica).

De todo ello resulta una inflación de estudios y de redes en los más diversos territorios, con los más variados estatutos y relaciones con Roma. No hay duda sobre la existencia de la centuriación, ni de las *renormationes*, pero no fueron operaciones arbitrarias ¹³. Una parte del escepticismo sobre estos estudios procede de las dificultades para identificar sobre el terreno las escasas centuriaciones concretas documentadas epigráficamente (Orange, Lacimurga) o por documentos escritos (Mérida en el texto de Higinio Gromático) ¹⁴.

En la Península Ibérica son muy escasas las redes bien documentadas y la investigación ha sufrido, aunque de forma menos evidente que Francia, la multiplicación gratuita de centuriaciones. La nómina necesita una revisión estricta (Olesti y Plana, 1993; Cortadella, 1994).

Si los estudios sobre centuriaciones se encuentran sobre todo en la bibliografía francesa e italiana,

¹¹ Como ejemplo para comunidades de estatuto peregrino remitimos a nuestros trabajos en Orejas y Sastre 1999 y Orejas 2002. Higinio Gromático (Th. 167-168) indica que la centuriación debe ser marca de la tierra libre de cargas.

¹² Es el caso de las intervenciones de la época de Carlos III en Sierra Morena o de pequeños parcelarios de las provincias de Murcia o Castellón. *Estudios*, 1974; Sáez, Ordóñez y García-Dils, 2002.

¹³ Baste consultar los *Libri Coloniarum* para comprobar la existencia de la *renormatio*, pese a que algunos investigadores la han negado.

¹⁴ Sobre todo una parte de la investigación francesa ha basado su escepticismo en las dificultades para identificar sobre el terreno trazas correspondientes a la centuriación B de Orange (Piganiol, 1962; Chartier, 1996; ver igualmente los comentarios de G. Chouquer, 2000: 34, 41-44 y 165-170). Otros casos presentan situaciones más claras, como Verona o Elche donde recientemente se han descubierto documentos epigráficos catastrales en bronce. Ver: Cavalieri-Manasse, 2000; Chao y otros, 1999 y Clavel-Lévêque y Orejas, 2002, dossier 1T). La centuriación de Mérida (Étienne, 1995; Ariño y Gurt, 1998) es la única de Hispania citada en los textos de agrimensura (Higinio Gromático, Th. 135-136).

la tradición anglosajona fue la primera en proponer la existencia de los llamados campos célticos (*celtic fields*), o mejor protohistóricos. El protagonismo de los parcelarios romanos ortonormados ha relegado el interés sobre otro tipo de parcelarios antiguos, cuya existencia se suponía teóricamente, pero cuyas trazas se presumían desaparecidas o de identificación imposible al no formar parte de redes regulares y extensas. Sólo algunos trabajos sobre parcelarios fosilizados en el norte de África eran reconocidos desde los vuelos efectuados a raíz de la Segunda Guerra Mundial, en particular los trabajos de Baradez.

En la última década, sin embargo, de forma paralela al desarrollo de toda una serie de trabajos centrados en el análisis estratigráfico de elementos de los paisajes agrarios (fosas, canales, terrazas, límites) —que mencionaremos más adelante— la investigación anglosajona ha planteado una nueva línea de estudios morfológicos en zonas en las que existen evidencias de parcelarios antiguos. Son trabajos que amplían el marco de las propuestas sobre la estructuración del espacio agrario a otra serie de entornos y situaciones, mostrando que, por una parte, la organización e imposición de límites afectó a territorios bastante marginales; por otra, que no siempre la organización del espacio rural se concretó en el establecimiento de un parcelario ortogonal.

Un buen ejemplo de esta nueva línea de investigación es el trabajo desarrollado en el marco del UNESCO *Libyan Valleys Archaeological Survey* (ULVS), dirigido por G. Barker, de la Universidad de Leicester (Barker, 1996; Mattingly, 1996), sobre la organización de la explotación agraria del pre-desierto libio; allí la evidencia arqueológica no deja lugar a duda sobre la naturaleza y escala de la explotación romana del pre-desierto desde inicios del siglo I d. C., basada en la fundación de una extensa red de asentamientos agrícolas y en la transformación de los wadis, que fueron estructurados con toda una serie de sistemas de muros que todavía hoy se conservan en amplias áreas. Se trata en su mayoría de muros realizados a seco, por lo que junto a su función, uno de los principales problemas fue la datación de esos sistemas (imprescindible para su adscripción cultural y su inclusión en un estudio coherente de los procesos de organización del espacio).

La metodología desarrollada para el estudio de los muros (descrita en Barker, 1996: 191-225) se basó en su clasificación tipológica y en la agrupación de los distintos tipos según sus características topográficas. La antigüedad de los muros sólo se pudo asumir por comparación con los restos arqueológicos más cercanos, sobre la suposición de que fueran de la misma fecha. A veces, presentan



Fig. 2. Terraza de época romana en wadi Faynan, Jordania (Foto: María Ruiz del Árbol).

similares características constructivas; otras veces, la relación de los muros con paleosuelos documentados en secciones estratigráficas proporcionó importante información sobre la antigüedad de tipos particulares. Gracias a estas observaciones se llegaron a distinguir en Libia complejos de muros que forman sistemas pertenecientes a granjas; otros parecen ser sistemas de campos integrados que servían a dos o tres granjas. Mucho más comunes son los sistemas de muros complejos en las cercanías de yacimientos de diferentes periodos, probablemente restos de construcción de muros a lo largo de muchos siglos.

La metodología empleada en el ULVS fue desarrollada y perfeccionada en otro estudio realizado por el equipo de G. Barker en el sur de Jordania, en el área de wadi Faynan. Allí se documentan, entre otra serie de elementos y en una gran extensión, una serie de estructuras agrarias de características constructivas similares a las documentadas en Libia¹⁵ (figura 2). De nuevo, el estudio tuvo en cuen-

¹⁵ Los resultados de los trabajos realizados en wadi Faynan entre 1996 y 2000 se han ido publicando anualmente en la revista *Levant* (números 29-32). Otros estudios sobre estructuras similares presentan una fundamentación arqueológica mucho más débil (Lewuillon, 1991).

ta las implicaciones de los sistemas de muros para el estudio de la naturaleza de los regímenes agrarios de la Antigüedad. El resultado final fue la documentación de una serie de campos individuales que parecen haber funcionado al mismo tiempo en el pasado.

La documentación de los parcelarios se completó en wadi Faynan con varios cortes transversales en canales y algunas secciones en varios muros enterrados en las que se recogió material arqueológico, muestras de C-14 y datos paleoambientales. En algunos muros se encontraron fragmentos de cerámica romana asociados a los contextos de construcción y sedimentación, apoyando así la hipótesis de su datación romana. La cerámica documentada en la prospección de los parcelarios sugirió que su uso principal fue en los periodos nabateo y romano, aunque el análisis tipológico de los muros y de la gestión hidráulica demostró que hay bastantes evidencias de variabilidad en el interior del sistema.

En resumen, los trabajos desarrollados en Libia y Jordania por el equipo de Leicester plantean, por primera vez, el desarrollo de una metodología específica para el análisis espacial y temporal de estructuras agrarias no modulares; esta metodología se concreta en una serie de propuestas:

- El análisis tipológico de construcciones realizadas con piedra a seco (canales, muros y terrazas) según sus características constructivas y su situación topográfica.
- Análisis estratigráficos y paleoambientales de las secciones de sondeos selectivos realizados en la base de los muros o en cortes transversales realizados en una extensión limitada de terreno.
- Análisis microtopográfico de grupos de tipos de muros.

En conjunto estos trabajos proporcionan resultados interesantes para el estudio de la construcción de los espacios agrarios. En particular, su interés radica en el desplazamiento de los polos de atención de la investigación hacia otro tipo de parcelarios, desarrollando una metodología extrapolable a otras áreas para la datación de elementos tradicionalmente considerados atemporales, como los muros y terrazas a seco ¹⁶.

Junto a estos trabajos, los estudios sobre la morfología de los espacios agrarios se han visto impulsados en los últimos años por el desarrollo de obras públicas de gran entidad y de trazado lineal (trenes de alta velocidad, carreteras, oleoductos o gaseoductos) que han requerido la realización de largas trincheras que han permitido examinar grandes extensiones de terreno y en cuyos perfiles se ha podido documentar una amplia variedad de estructuras de explotación antigua: tanto elementos ya conocidos por la fotografía aérea (límites de parcelarios, caminos, canales de irrigación) como otra serie de elementos enterrados que ponen de manifiesto la complejidad del espacio agrario. En España los trabajos de control desarrollados por el Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje de la Universidad de Santiago de Compostela en muchas zonas del territorio gallego han abierto, en esta línea, nuevas perspectivas para la documentación y estudio de espacios de cultivo en el entorno de castros de la Edad del Hierro; en concreto este equipo ha identificado en varios perfiles estratigráficos suelos de cultivo antiguos que, en algún caso, parecen estar relacionados con la presencia de estructuras aterrazadas (Pareto, 1998).

Un capítulo importante en el marco de los estudios sobre morfología agraria es el trabajo sobre sis-

¹⁶ Aunque en la exportación de los métodos desarrollados en medios desérticos no se deba perder de vista que los parcelarios de estos paisajes presentan unas condiciones particulares de conservación y que sus usos y acondicionamientos antiguos son muy distintos a los de otras zonas del Mediterráneo.

temas de terrazas agrarias. Las terrazas son, en muchas zonas del Mediterráneo, el único testimonio que permite establecer la morfología de los territorios de explotación antiguos y, sin embargo, al igual que otra serie de elementos (caminos, muros y otras estructuras construidas a seco), a pesar de las posibilidades que presentan para el estudio de determinadas regiones, han sido frecuentemente olvidadas. De hecho, el potencial de las terrazas para el estudio del uso del suelo ha sido subrayado varias veces (por ejemplo en Barker, 1989 o en Sbonias, 1999) pero la ausencia de datos cronológicos precisos plantea un problema importante para su integración en el estudio de los paisajes antiguos.

El primer estudio sistemático realizado sobre aterrazamientos agrarios es el realizado por Donkin en varias zonas del continente americano (1979); este proyecto marca el inicio de una línea de trabajos que, a partir de mediados de los años ochenta, ha continuado con otra serie de estudios tanto en hispanoamérica (Sandor, 1992) como en Europa (Bottema, Entjes-Nieborg y van Zeist, 1990; Bell y Boardman, 1992) ¹⁷.

El interés del trabajo de Donkin radica en que, por primera vez, se subraya el potencial que el estudio de las terrazas presenta si se integra en programas de prospección regional. Sin olvidar los problemas metodológicos que plantean, las terrazas ofrecen gran cantidad de datos para elaborar un análisis completo de los sistemas de uso del suelo en el pasado. En cuanto a la datación y periodos de construcción de las terrazas, las conclusiones de Donkin se basan en las fechas de los asentamientos asociados a estas estructuras: pocos sistemas de terrazas pudieron ser datados por este autor de forma independiente. Sin embargo Donkin apunta ya en su trabajo una cuestión interesante que ha sido desarrollada posteriormente: el examen del relleno de las terrazas puede proporcionar material datable, en particular fragmentos de cerámica e información acerca de la formación del relleno, tanto si se produce

¹⁷ Entre los trabajos europeos destacan los desarrollados en los sistemas de terrazas documentados en Grecia, entre los que se encuentran los de la universidad americana de Stanford en el sur de la Argólida (van Andel y Runnels, 1987; van Andel, Zangger y Demittrak, 1990; Zangger, 1992 y 1996) y el proyecto de investigación interdisciplinar arqueológico-edafológico que M. Brunet y P. Poupet dirigen en la isla de Delos (Brunet y Poupet, 1997; Poupet, 2000). Entre los trabajos realizados en la Península Ibérica pueden citarse los trabajos de Palet y Riera en la sierra litoral catalana (2000), los realizados por nuestro grupo de investigación en el nordeste de la provincia romana de Lusitania (Sánchez-Palencia y Ruiz del Árbol, 2000) o el reciente trabajo de Criado y Ballesteros en el entorno de Santiago de Compostela (2002).

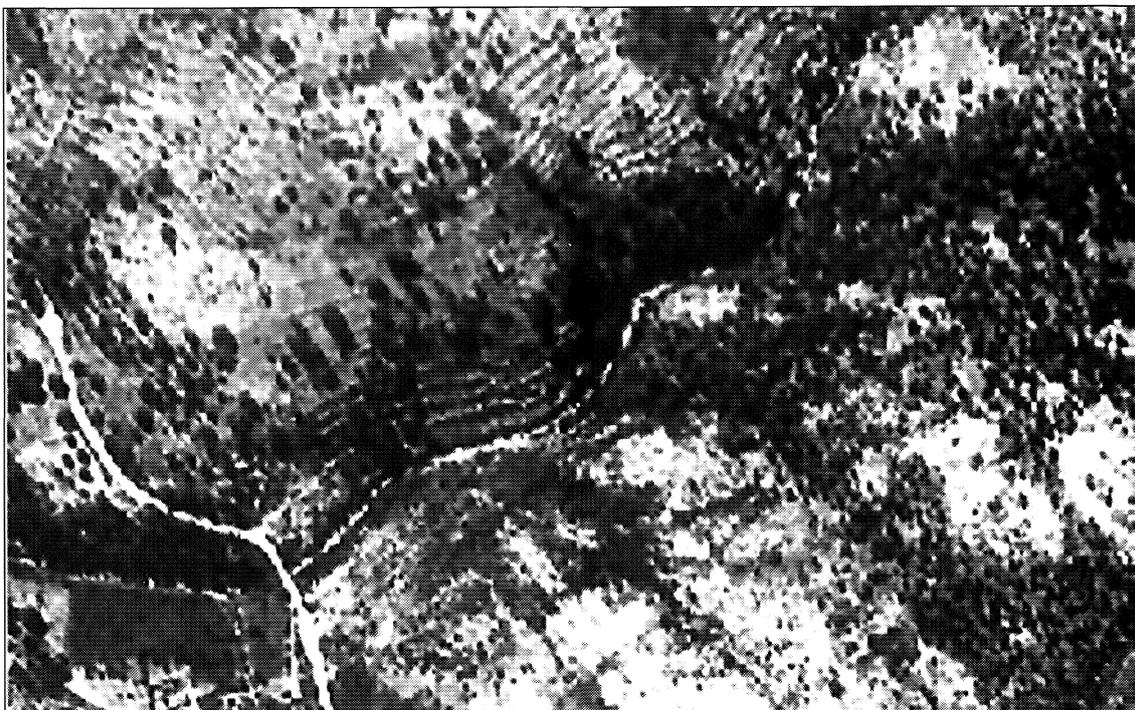


Fig. 3. Terrazas abandonadas en la margen derecha del río Francia, Salamanca (fotograma 18873 del vuelo americano, 1956).

por la acumulación o deposición de materiales de tierras más altas como por la aportación de tierra de zonas más bajas cercanas.

Tras el trabajo de Donkin, y salvo algunas excepciones, la principal línea de trabajo sobre sistemas aterrazados se vincula a los estudios sobre la erosión del suelo y, en general, sobre los procesos geomorfológicos que están en el origen de la configuración del paisaje actual¹⁸. En este contexto se ha desarrollado una exploración sistemática de las terrazas en el Mediterráneo, orientada por dos intereses concretos:

- La determinación de los tipos de suelos con los que se asocian los yacimientos arqueológicos, con el fin de evaluar la posible pérdida de información debido a erosión, enterramiento por sedimentos, etc.
- El desarrollo de la historia de la formación del suelo, erosión en ladera y sedimentación en las llanuras costeras y en los valles en respuesta a factores naturales y humanos, fundamentalmente agricultura y pastoreo.

En estos trabajos se examinan en detalle, por tanto, los procesos de estabilidad e inestabilidad del

¹⁸ Este es el caso de los estudios de la universidad de Stanford citados más arriba.

paisaje a partir del estudio de la diferente naturaleza de los depósitos asociados a las terrazas y sus posibles relaciones con las tendencias de poblamiento que muestra la prospección de superficie¹⁹.

Junto a esto, la preocupación central en muchas propuestas es la búsqueda de métodos para obtener dataciones tanto absolutas como relativas de los sistemas de terrazas (Moody y Grove, 1990; Wagstaff, 1992)²⁰. Los trabajos que nuestro equipo de investi-

¹⁹ Uno de los puntos clave del desarrollo de estos estudios geomorfológicos es el cuestionamiento de la validez del modelo propuesto en 1969 por Vita Finzi sobre la existencia de dos únicos periodos de sedimentación en el Mediterráneo. El principal defensor de este modelo, siguiendo a Vita-Finzi, ha sido J. Bintliff quien considera que la explicación más plausible para la degradación del paisaje mediterráneo es el cambio climático (1976, 173). Los trabajos desarrollados por la universidad de Stanford critican esta idea, considerando que se pueden documentar hasta siete periodos de fuerte erosión en el Mediterráneo. Según los trabajos de van Andel y Runnels, la deforestación o el descuido de la conservación del suelo durante un periodo de crisis económica tienen un efecto más devastador en el paisaje que el uso intensivo del suelo o el abandono total de la tierra. Para estos autores la actividad humana es la causa dominante de las secuencias de destrucción de suelos y sedimentación documentadas en el Mediterráneo aunque no se pueda afirmar que la relación causa-efecto sea directa.

²⁰ En España las propuestas de Wagstaff han sido recogidas por Palet y Riera (2000), que las han adaptado al estudio del paisaje catalán. Estos autores proponen una cronología

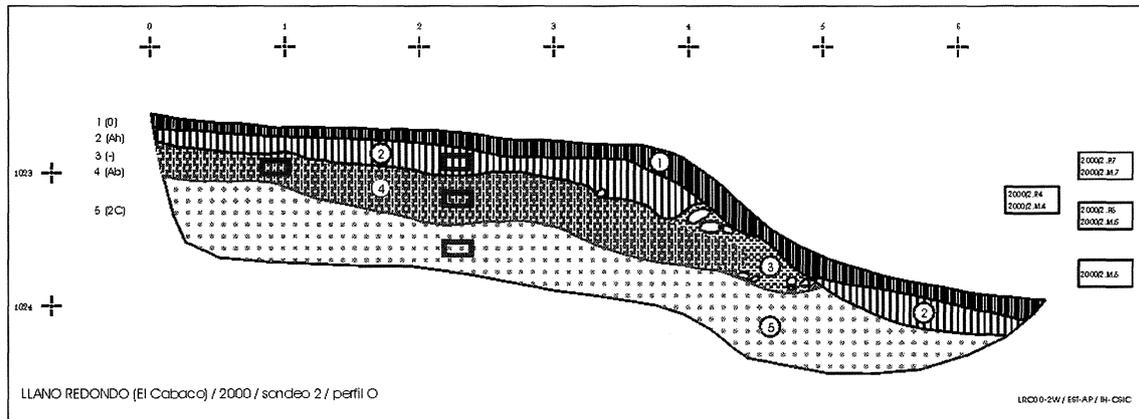


Fig. 4. Perfil estratigráfico de una de las terrazas del Llano Redondo (El Cabaco, Salamanca).

gación desarrolla desde 1998 en la Sierra de Francia (Salamanca) han permitido documentar un gran número de estructuras aterrazadas, en su mayoría fosilizadas bajo el bosque de roble que ocupa hoy muchos lugares de la sierra (figura 3). Nuestra experiencia en el estudio de estos sistemas muestra que los mejores resultados proceden de un análisis interdisciplinar en el que el estudio arqueológico se combine con el análisis geoarqueológico de estas estructuras. De esta forma, en Salamanca, el estudio morfológico «externo» de las terrazas (realizado a partir de la prospección, la topografía y el estudio de la fotografía aérea) se ha combinado con el estudio «interno» de las mismas (a partir de la apertura de secciones parciales y completas de las terrazas); en concreto, el estudio de los perfiles edafológicos documentados en esas secciones ha proporcionado excelentes resultados para su datación, el análisis de su origen, formación y desarrollo y de su función en la organización y explotación del territorio; resultados que permiten afirmar que las terrazas se construyeron para el acondicionamiento tanto de espacios agrarios como de lugares de asentamiento (Sánchez-Palencia y Ruiz del Árbol, 2000).

En la Sierra de Francia la datación de las terrazas ha podido concretarse con bastante precisión. Estos sistemas estuvieron en funcionamiento desde comienzos del siglo I d.C. hasta finales del siglo II d.C., de forma contemporánea a la explotación de los yacimientos auríferos de la sierra. Tras el final

post-romana para los sistemas de terrazas de la montaña litoral basada exclusivamente en análisis palinológicos que indican una elevada cantidad de polen arbóreo en los sedimentos asociados a las terrazas. En nuestra opinión esta afirmación es arriesgada; los estudios sobre la acción del hombre en la cobertura vegetal muestran que la relación entre polen arbóreo y no arbóreo puede ser engañosa (Jalut, 1991: 349).

de la explotación de las minas de oro, estas estructuras fueron abandonadas, quedando enterradas gracias a los procesos de erosión y sedimentación de la zona. Su vinculación con la explotación romana ha sido posible gracias a la continua aparición, en los cortes realizados en las terrazas, de materiales romanos (*tegulae* y fragmentos de cerámica común y, en algunos casos, de *terra sigillata*) formando parte de los muros de contención de las terrazas y en los suelos de cultivo documentados en los perfiles (figura 4). Además, allí donde la pendiente ha permitido la regularización de las terrazas, hemos podido comprobar que los bancales guardaban una equidistancia relativa, y respondían a un mismo módulo de 60 pies (17'5 metros aproximadamente).

El estudio de estos sistemas ha contemplado un muestreo sistemático de los horizontes edafológicos asociados a las terrazas. Se han llevado a cabo análisis físicos y químicos de suelos y se han recogido muestras para la obtención de datos palinológicos en la secuencia formada por los sucesivos suelos prerromanos, romanos y postromanos-actuales documentados en los perfiles. Estos análisis, integrados en un estudio global de la explotación romana de la zona, han proporcionado conclusiones interesantes sobre el tipo de cultivo sostenido por las terrazas (fundamentalmente arbóreo), los sistemas agrarios romanos (sistemas de cultivo, abonado, posible existencia de regadío de las terrazas) y su relación con otras actividades (minería, actividad textil, pastoreo).

El análisis morfológico de horizontes edafológicos —acompañado de la realización de análisis químicos de los mismos— se ha mostrado también de gran utilidad para la datación de las terrazas en áreas en las que no aparecen materiales arqueológicos

asociados a las mismas ²¹. Los resultados más interesantes en relación con el estudio de suelos asociados a bancales de contención son los obtenidos en la isla de Delos por el equipo de M. Brunet y P. Poupet; estos investigadores han logrado aproximar una datación relativa a esos suelos gracias a la descripción de los horizontes edafológicos identificados en los sondeos de las terrazas y a los resultados de los análisis químicos de los mismos (una síntesis en Poupet, 1999).

En general, no se pueden abordar estos análisis morfológicos sin reflexionar acerca de las posibilidades y limitaciones de los estudios regresivos. En primer lugar hay que tener en cuenta la relación de las formas actuales con las formas antiguas; no se trata de «levantar» el paisaje actual para descubrir los paisajes del pasado. Por el contrario es necesario realizar una lectura de las perduraciones de formas antiguas. Esta perspectiva ha quedado anulada en los abundantes estudios que se apoyan en la idea del «fijismo» del paisaje agrario y el conservadurismo del mundo rural.

En segundo lugar, no hay que considerar la localización de parcelarios antiguos ni como un fin de la investigación en sí mismo, ni como un sistema de coordenadas abstracto para ubicar en él diferentes usos del suelo. Es imprescindible abordar la relación de las formas con las prácticas de planificación, los tipos de cultivo y los sistemas de propiedad y mecanismos de acceso a los recursos.

3. TERRITORIOS

Frecuentemente territorio y paisaje (incluso espacio) son utilizados como términos intercambiables. Conviene efectuar ahora una precisión terminológica que no consideramos gratuita. El territorio es el espacio ligado a una comunidad, reconocido como propio por ella y por los grupos vecinos —hecho que no implica la ausencia de conflictos ni su aceptación pasiva—; esto supone que el territorio es necesariamente político y que la comunidad (o una parte de la comunidad) genera una serie de instrumentos y mecanismos para definir ese territorio y dotarlo de consistencia jurídica y administrativa y legitimarlo. Esta apropiación de un espacio por la comunidad puede ser efecto de procesos muy diversos y no genera una situación estable a largo plazo; de hecho la territorialización está detrás de muchos de los conflictos de la historia de la humanidad, ya que está estrechamente

²¹ Este tipo de análisis se ha empleado también para identificar suelos de cultivo en áreas llanas (por ejemplo, Leonardi, Miglavacca y Nardi, 1999).

ligada a los discursos identitarios. La legitimación tiene uno de sus pilares en la Antigüedad, y por ello la construcción de territorios legitimados exige recurrir a situaciones de un pasado lo más remoto posible ²². Por ello, la historiografía generada es tan abundante como compleja y en ocasiones perversa.

Territorios y pueblos

En Arqueología existe una fuerte tradición de identificación de etnias a partir de características de asentamientos, patrones de poblamiento y conjuntos materiales. Podríamos remontarnos al difusionismo de principios del siglo xx y, sobre todo, a los trabajos de Gordon Childe. La asociación culturas arqueológicas-etnias-territorios tuvo, como es bien sabido, un gran predicamento en la primera mitad del siglo xx. Esta tendencia, en el caso de los estudios europeos, encontró un aval «indiscutible» en las fuentes escritas antiguas, que proponían una ubicación para los diferentes pueblos bárbaros que entraron en contacto con las civilizaciones clásicas. De aquí arranca una lectura acrítica de los documentos antiguos, que ignora cualquier tipo de referencia contextual para los escritos, que olvida el tiempo y que no se para a reflexionar sobre los significados de términos griegos y latinos traducidos como «etnia». En primer lugar, no todos se refieren a las mismas realidades sociales; en segundo lugar no siempre el uso de los diversos vocablos es estricto.

Los estudios sobre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica y la asignación a ellos de territorios precisos ha preocupado a prehistoriadores e historiadores de la Antigüedad hasta convertirse en uno de los temas de investigación más abordados. Las correspondencias entre pueblos y espacios se han realizado sobre dos bases: por una parte, la vieja asociación culturas materiales-etnias, sobre todo por la determinación de rasgos materiales (con frecuencia cerámicas, técnicas constructivas o plantas de casas) claramente identificadores, que permitían, además, explicar por desplazamientos de pueblos cambios en el registro material y justificar históricamente jerarquizaciones. En segundo lugar, por la identificación con ellos de los etnónimos recogidos en las fuentes escritas greco-romanas.

Con frecuencia, ciertos investigadores han partido de una identificación entre territorios étnicos y te-

²² Sobre la relación entre paisaje y territorio y la articulación de territorios políticos, espacios de legitimación y espacios económicos es particularmente destacable la «teoría del Territorio Mundo» propuesta por A. Ruiz, M. Molinos y C. Rísquez (1998).

territorios políticos. En realidad hablar de territorios étnicos es una argucia de la investigación; tanto durante la conquista romana como después la base política es la ciudad/*ciuitas*, no la etnia. En el caso de los estudios peninsulares el punto de partida para la definición de los territorios étnicos suele ser el territorio político o administrativo definido por Roma (*conuentus*, territorios de *ciuitates*...). Quizás en algunas ocasiones estas nuevas unidades territoriales estén a su vez relacionadas con territorios políticos prerromanos, en particular en el Levante y Sur ibéricos, pero es difícil precisarlo. Estas cuestiones han sido abordadas de forma específica, entre otras, en las investigaciones sobre los celtíberos de F. Burillo (1993 y 1998), sobre los iberos de A. Ruiz y su equipo (1993), de G. Pereira (1992) sobre pueblos y territorios del Noroeste o de A. Esparza sobre la Meseta Norte (1999).

La definición de las poblaciones anteriores a la conquista romana y de los espacios que fueron ocupados por ellas ha estado siempre teñida por implicaciones sociopolíticas. La solvencia de estas propuestas ha estado ligada a, cuando no motivada por, la determinación de un territorio en el que la idiosincrasia étnica se hacía visible. En términos generales la identificación y localización de las «culturas prerromanas» fueron colocadas en un lugar preferente de la investigación por las políticas nacionalistas, imperialistas y colonialistas de las más relevantes potencias europeas (Trigger, 1984). Mediante la búsqueda de raíces culturales y raciales se desarrolló una teoría que venía a justificar y legitimar una amplia serie de reivindicaciones políticas que comenzaron a finales del XIX y cristalizaron en las Guerras Mundiales. En estos momentos toma forma el nacionalismo germánico, sustentado por el «celtismo» (López Jiménez, 2001) y cobran fuerza los colonialismos (Gran-Aymerich, 1998), apoyados en ciertas interpretaciones históricas derivadas de la creación del paradigma étnico-cultural. La construcción histórica de la etnicidad exigía poder identificar «raza genética» y «cultura arqueológica», así como la fijación de ésta en un territorio y, en algunos casos, la justificación de sus tendencias expansivas. La cadena quedaba engarzada gracias a un sistema complejo de inferencias desde la cultura material, la lingüística y las fuentes clásicas.

En España se produjo durante los inicios del siglo XX la consolidación de las escuelas de Prehistoria y Arqueología con la incorporación de una generación formada en el extranjero que había asumido las teorías europeas gestadas y mantenidas principalmente por los investigadores alemanes. Es en este momento cuando aparecieron las llamadas «paleoetnologías».

La atribución de territorios a etnias fue uno de los ejes articuladores de un discurso que comenzó a utilizarse para la definición de los pueblos de la Antigüedad, sus características y afinidades culturales. La escuela de Barcelona, en particular la figura de Bosch Gimpera, es el principal punto de referencia (Bosch Gimpera, 1932) que desde el *Institut d'Estudis Catalans* puso en práctica los modelos aprendidos y desarrollados en Alemania junto a Wilamowitz-Moellendorf, Kossina o Schmidt. Junto al interés científico de la *Siedlungssarchäologie* tomó forma un discurso que vinculaba la etnicidad y la cultura de los grupos humanos estudiados, y por lo tanto también sus fronteras, con unidades sociopolíticas contemporáneas. En 1932 planteó Bosch las bases de su teoría étnica, la descripción de la identidad cultural y, por lo tanto, de la delimitación geográfica de estos pueblos²³. Si bien es cierto que sus trabajos tenían su base política en los presupuestos catalanistas de Prat de la Riva (Ruiz, Sánchez y Bellón, 2002: 13), su argumentación arqueológica resulta más matizada a la hora de determinar las «fronteras raciales» que identificarían iberismo y catalanismo. Los territorios étnicos descritos en las fuentes y utilizados como referencia inmutable toman forma de «área ibérica», coincidente con las zonas catalanoparlantes, bajo los presupuestos del paradigma étnico-cultural.

De la misma forma, en el mismo contexto y con el mismo tipo de cadenas argumentales se construyó la paleoetnología ligada al nacionalismo hispánico, cuyo mejor ejemplo es Martínez Santa-Olalla (Martínez Santa-Olalla, 1946) y que tuvo su continuación y mayor desarrollo durante la postguerra española. En estos trabajos se produjo la fijación de los modelos étnicos, diseñando así el panorama paleoetnológico de la Península Ibérica vigente hasta prácticamente la actualidad. Quedó establecido entonces un modelo que tomaba de los textos clásicos las definiciones étnicas (denominaciones, rasgos específicos, territorios) y buscaba su ratificación en el registro arqueológico (conjuntos de materiales y asentamientos)²⁴.

²³ Bosch Gimpera comenzó mucho antes a trabajar en este sentido, apoyándose en buena medida en sus primeras excavaciones por territorio catalán y levantino (Ampurias, Tossal Redó, Calaceite, Senent, etc.). Por primera vez lo presentó con una argumentación articulada en su discurso de entrada en la *Academia de las Bones Lletres de Barcelona* (P. Bosch Gimpera, 1922: Assaig de reconstrucció de l'Etnologia de Catalunya. *Discurso de ingreso en la Academia de las Bones Lletres de Barcelona*).

²⁴ Los estudios de Almagro Basch (1935 y 1952), Martínez Santa-Olalla (1946) y García Bellido (1943 y 1951), entre otros, tenían como objetivo, siguiendo a Cortadella (1988: 2), «justificar la unidad ancestral de España bajo el argumento de la homogeneidad etnológica y racial primigenia, y en detrimento de unas nacionalidades descalificadas también con argumentos etnológicos».

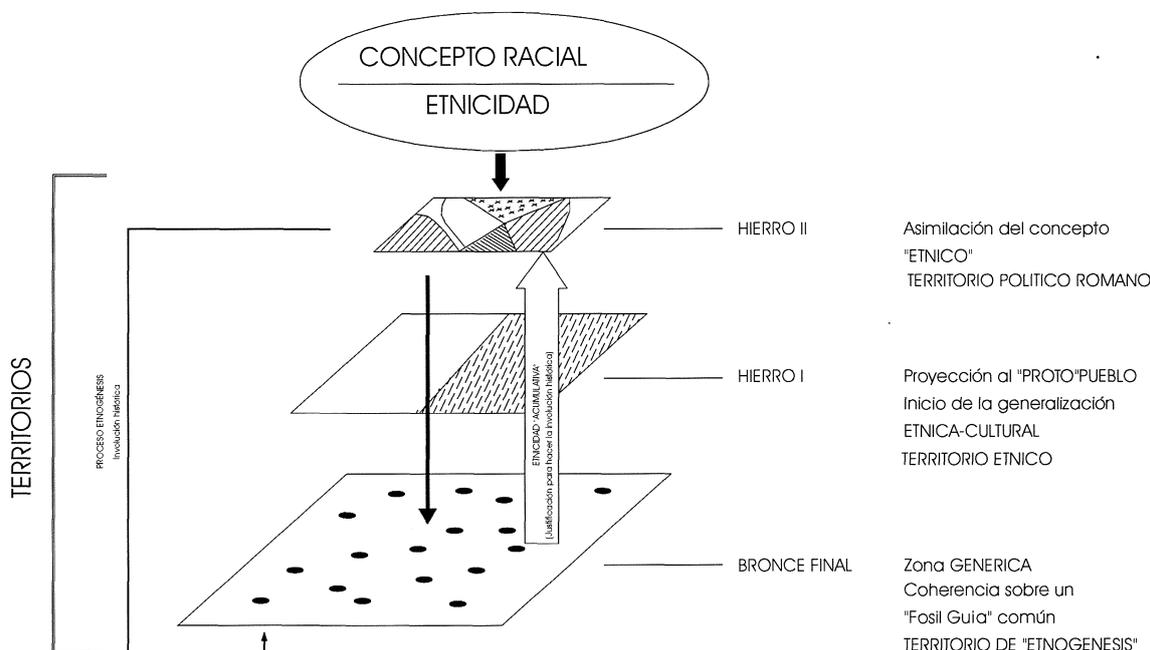


Fig. 5. La etnicidad es producto de una visión desde los presupuestos del paradigma étnico-cultural que se apoya en las fuentes y en la lingüística para producir una falsa impresión de identidad racial. Una vez captado el concepto de etnia en las fuentes se retrotrae a un momento de suficiente indefinición arqueológica para proceder a la justificación de su etnogénesis. En todo este proceso la identidad no se concibe como un producto social, sino, prácticamente, como algo genético.

Sólo a mediados de los años 1980 se inició una redefinición de áreas y pueblos de la Antigüedad y sus fronteras. El punto de referencia obligado es el congreso de 1989 sobre *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro y Ruiz Zapatero, 1992). Por una parte, eran ya las comunidades autónomas las que articulaban administrativamente la investigación y, por otra, globalmente, surgió la necesidad de reelaborar los presupuestos lanzados por las paleoetnologías de la primera mitad de siglo. Es también en este momento cuando la reflexión empezaba a tener en cuenta tendencias renovadoras que proponían nuevas aproximaciones al estudio arqueológico de las sociedades antiguas a través de los espacios por ellas ocupados y explotados. Se incorporaba así el debate sobre los conceptos espacio, territorio y paisaje, aunque, como es sabido, en muchos casos la novedosa aplicación de técnicas de análisis espacial no fue ligada a una auténtica renovación metodológica, ni a una nueva aproximación crítica a las fuentes escritas antiguas, cuya incorporación se hace con frecuencia sin tener en cuenta el espacio cronológico que pueden cubrir ²⁵.

²⁵ Como ejemplo de una revisión más cuidada, ver la propuesta de A. Ruiz y M. Molinos (1993: 240-257) en la que separan las fuentes sobre los iberos que pueden remontarse a los siglos VI a IV a. C., de las fuentes que no incorporan datos

De hecho, la identificación étnica de los pueblos prerromanos sigue basándose actualmente, en muchos casos, en la sistematización cronotopológica, el uso de *fósiles guía* y la incorporación del concepto complejo de «etnogénesis». La generación de estudios del territorio sobre estos planteamientos se fundamenta en la asunción de que las noticias de las fuentes tienen validez por sí mismas como referentes étnicos (García Moreno, 1993: 335-336) y en la superposición de la información lingüística y arqueológica (Almagro y Ruiz Zapatero, 1992: 490). Desde este punto se procede a una regresión hasta momentos para los que no existe una referencia étnica —con frecuencia hasta la Edad del Bronce— atribuyendo los mismos rasgos culturales y la misma relación etnia-territorio a una fase precoz, de la que se hace arrancar el proceso de etnogénesis que se realiza en un marco espacial estable (figura 5). Este sistema de inversión histórica presenta dos rasgos fundamentales. Por una lado, como explica Fernández-Posse (1998: 37-38), favorece la impresión de encontrarse en un mundo próximo y conocido; por otro, induce a una interpretación «cónica» de la formación de las etnias (cuanto más alejada está de la fuente original

anteriores a las primeras fases de la conquista de la península y cuyas informaciones cubren los siglos III a. C. a I d. C.

menos fundamento, si cabe, tiene). Este sistema se sirve de una argumentación que podemos llamar de «etnicidad acumulativa», como base del proceso de etnogénesis, que tiene como punto de partida el resultado «étnico» final. La etnicidad acumulativa es evolutiva y se basa en la progresiva construcción de una identidad cuyos rasgos culturales se consideran intrínsecos. La etnia es concebida como algo inmutable, generada en un momento dado, e indiscutible en su desarrollo posterior.

La construcción de las fronteras es uno de los problemas más graves en la interpretación étnico-cultural. Frontera étnica y frontera política no son ni siempre ni necesariamente coincidentes. Como mencionábamos antes, el establecimiento de las fronteras se ha basado, por una parte, en los cambios en la distribución espacial y densidad de los elementos definidos como «guía»; por otra en la ubicación geográfica de las indicaciones proporcionadas por las fuentes escritas²⁶. Sólo más recientemente se han tenido en cuenta las variaciones de los patrones de poblamiento. Esto lleva a la definición de las fronteras en la Antigüedad, lo que con frecuencia implica una proyección de nuestra propia percepción. Desde hace tiempo se ha asumido la visión antropológica de que las fronteras son la materialización más o menos rígida y permeable de los «límites culturales» de cada comunidad (Green y Perlman, 1985: 3-7) y, por lo tanto, proyectan aspectos de su estructura social. Las fronteras como límites culturales deben, por lo tanto, responder a un tipo de sistema sociopolítico y reflejar estrategias de control interno y de relación con el exterior, sistemas de reciprocidad y conflictos endógenos y/ o exógenos. Así, en ningún caso pueden estar determinadas únicamente por la evidencia de fósiles guía y menos aún sin tener en cuenta la heterogeneidad de las amplias regiones a las que hacen referencia las fuentes clásicas. El coloquio y publicación de la serie *Arqueología Espacial* dedicado a las fronteras (Burrillo, 1993) reúne una parte importante de los debates y reflexiones a partir de proyectos concretos²⁷.

En los discursos «identitarios» el paisaje aparece de forma recurrente, como parte de la especificidad étnica; cuanto más antigua sea la vinculación de una comunidad con un espacio más afianzada queda su identidad como grupo y su diferenciación respecto a los vecinos, cayendo incluso en un determinismo ambiental que hace «evidente» la entidad de un determinado espacio y del grupo que lo ocupa. De

²⁶ Un ejemplo de este procedimiento en Álvarez Sanchís (1999) y Sánchez Moreno (1995).

²⁷ El volumen 13 de la serie reúne los trabajos presentados y el 14 las intervenciones.

esta manera el paisaje es concebido como escenario atemporal. Sin embargo, son las propias fuentes literarias, tan utilizadas en esta perspectiva, las que muestran con mayor claridad el dinamismo de estos procesos, demostrando, a su vez, lo inadecuado de utilizar directamente la información etnológica contenida en ellas para la composición de una teoría étnica.

Las fuentes antiguas esgrimidas no suelen ofrecer datos anteriores al final del siglo III a. C. e incluso las más citadas (Estrabón, Plinio y Ptolomeo) presentan una Hispania ya bajo la dominación romana; no interpretan realidades indígenas prerromanas, como se ha argumentado con frecuencia, sino que, básicamente ofrecen la imagen y el inventario de unas provincias, en las que Roma ha intervenido ya, jerarquizando el territorio, creando unidades administrativas y ordenando *ciuitates*. El reconocimiento en estos textos de organizaciones prerromanas y de territorios prerromanos es un arriesgado ejercicio que se ha efectuado con excesiva frivolidad²⁸. Se olvida, además, que la determinación de territorios establecida por Roma no implica la definición de territorios políticos autónomos, sino insertados en la gran estructura territorial política del imperio romano, con límites dentro de las fronteras marcadas por el *limes* romano.

El territorio, la tierra y la propiedad

El proceso de definición de un territorio tiene una lectura interna y otra externa. Hacia el exterior supone la identificación de un grupo con un espacio y la potencialidad de conflictos con los vecinos por el control de recursos, prácticas fiscales, cuestiones estratégicas, hegemónicas, etc. La configuración de un territorio no implica que la comunidad acepte sin más la definición política que este supone y que es, necesariamente, conflictiva. La territorialización supone competencia interna: por un lado, por el ejercicio del control por parte de un grupo que crea un espacio de identificación para la comunidad (procedente de la segmentación o de la aglomeración). Por otro lado, y es éste un aspecto esencial, genera la aparición o consolidación de formas de apropiación de la tierra.

²⁸ Así, en el norte peninsular el origen indígena de los nombres de la *ciuitates* ha llevado a afirmar mecánicamente que éstas existían antes de la conquista, ignorando así no sólo que el registro arqueológico prerromano no avala esta posibilidad, sino minimizando la intervención de Roma en estos territorios. Como ejemplo, véanse los debates surgidos en torno a la decisión de Augusto respecto a *ciuitates* astures recogida en el edicto de El Bierzo (Sánchez-Palencia y Mangas, 2000; Grau y Hoyas, 2001).

Se convierte así el territorio en el marco de regulación de la relación de la comunidad con el medio, de las relaciones sociales internas y de las relaciones con otras comunidades. En el centro está el control de la tierra, y sólo en este marco global se entiende el desarrollo de categorías del suelo, formas de propiedad y posesión o estrategias de agrimensura. La apropiación de la tierra se convierte en marca de la pertenencia al grupo o de la exclusión, ya que su control es uno de los pilares del poder cuando se establecen medidas restrictivas.

Las investigaciones sobre la propiedad de la tierra en el mundo antiguo se han fundamentado en las visiones transmitidas por las fuentes escritas, en las que se subrayan aspectos jurídicos. La Arqueología, desde enfoques funcionalistas, ha considerado tradicionalmente imposible abordar este tema y son por ello escasas las aproximaciones (Gilman, 1997). Las analogías etnológicas y el estudio morfológico plantean serias dificultades ya que no es posible establecer relaciones directas entre estructuras de parcelarios y formas de propiedad. El desigual acceso a los recursos, especialmente a la tierra, el recurso por excelencia, se convirtió en el mundo antiguo en una pieza clave en la articulación de la estructura social: en la configuración de cuerpos cívicos y en la generación de relaciones de dependencia.

El final de la República romana, con la larga serie de leyes agrarias —desde las intervenciones de los Graco y la ley agraria del 111 a. C. hasta las medidas cesarianas y triunvirales—, muestra de forma clara esta vertiente de la territorialización que tiene en este caso una de las claves en la conversión de los terrenos sometidos (en Italia primero, en las provincias después) en *ager publicus*, hecho que garantizaba al senado y al pueblo de Roma el control interno y su manipulación política (Moatti, 1992). La definición y territorialización del suelo provincial (con la aparición de nuevas formas de propiedad) se convirtió en una de las más evidentes marcas de dominación, con la imposición de marcos espaciales delimitados, con un soporte jurídico-administrativo, que implicaba el control de recursos, las imposiciones fiscales, la legitimación de nuevos poderes y la creación de nuevas identidades (Orejas y Sastre, 1999). Las fuentes romanas reflejan este proceso y no su pre-existencia.

4. PERCEPCIONES

«Landscape is a way of seeing that has its own history, but a history that can be understood only as a part of a wider history of economy and society;

that has its own assumptions and consequences whose origins and implications extended well beyond the use and perception of land; that has its own techniques of expression, but techniques which it shares with other areas of cultural practice». Cosgrove (1984: 1) presenta así el tema de su libro sobre «la idea de paisaje». Las comunidades no sólo ocupan, explotan o delimitan espacios sino que además se identifican con ellos; en ese proceso de identificación es clave la percepción, una de las vertientes esenciales en la apropiación del espacio por los grupos humanos. Se trata por una parte de la percepción de los registros que acabamos de comentar en los apartados previos, y, por otra, de la generación de elementos simbólicos, de un imaginario colectivo que crea ese espacio social que es el paisaje. La percepción juega un papel muy activo en la legitimación del espacio, tanto hacia el interior de la comunidad como hacia el exterior, y por ello la generación de un universo simbólico vinculado al espacio actúa para anular mecanismos de rechazo: la sacralización de ciertos elementos naturales (montañas o ríos) o artificiales (límites, encrucijadas) y la configuración de «mapas mentales» en los que se marcan jerarquías, centros y periferias. Uno de los ejemplos más claros lo podemos encontrar en el caso de la sacralización y ritualización de las fronteras, marcadas por santuarios, tumbas o accidentes naturales con connotaciones simbólicas. El registro material encierra claves para acceder a una lectura de la percepción de las comunidades antiguas de sus espacios. La expresión «paisajes mentales» resume esta consideración de la percepción en la que ocupan un papel destacado las creencias y prácticas religiosas.

En realidad no se trata tanto de la existencia de espacios simbólicos y sagrados (es decir, especializados) como de una percepción colectiva del espacio por parte de la comunidad; esa percepción no es pasiva, no es una imagen fija asumida y fosilizada sino interactuante. El pensamiento estructuralista ha sido clave en el impulso de los estudios en este ámbito. En Arqueología el postprocesualismo (Hodder, 1982a y b, 1986) ha abrigado su desarrollo y ha provocado en ocasiones un rápido descrédito dado el extremo subjetivismo y las actitudes escépticas derivadas de algunos estudios «postmodernos». En términos generales, estos estudios son deudores de trabajos desarrollados en otras disciplinas como la Sociología, la Lingüística, la Antropología o la Geografía sobre la percepción, dentro de los cuales es emblemática la obra de Yi Fu Tuan en los años setenta.

Conviene subrayar que, en particular en la Península Ibérica, son muy escasas las investigaciones

efectuadas para el mundo antiguo y más frecuentes para el Neolítico, Calcolítico y la Edad del Bronce (*Arqueología del paisaje*, 1998: 503-663; Tilley, 1994). Muchos de los trabajos se centran en la consideración de la categoría «visibilidad» como un gesto voluntario que destaca determinados elementos (hitos) o redes de elementos como marcadores del espacio (Criado, 1993 y 1994). Estos estudios responden en gran medida a una voluntad de entender lo monumental en su contexto espacial. El amplio desarrollo de estos trabajos en el Noroeste peninsular referidos al megalitismo y a los petroglifos es significativo al respecto.

Las representaciones del espacio efectuadas por las comunidades antiguas es otro punto de referencia esencial. De nuevo aquí los estudios sobre arte rupestre han sido pioneros (Bradley, 2000). En el caso del mundo antiguo hay un amplio campo por explorar a partir de las fuentes escritas que muestran una determinada percepción del espacio sólo abordable si se efectúa un análisis contextual (Traina 1989; Gómez, Pérez y Vallejo, 1994; Plácido, 1987-88 y 1995-96).

Uno de los lastres importantes es la asunción de la atemporalidad de los elementos de carácter simbólico, en la misma línea de la estabilidad del paisaje agrario que mencionábamos más arriba. El paisaje mental no es una visión estática y consensuada por la comunidad; la percepción es móvil y manipulable, e indudablemente en manos de grupos aristocráticos antiguos generó un discurso de cohesión y definición de la comunidad. Las discordancias entre percepciones forman parte de los desajustes entre los «niveles» del paisaje.

5. EL PAISAJE

La fragmentación artificial en registros que acabamos de proponer responde, básicamente, por una parte, a la necesidad de articular el proceso de investigación, y por otra, a diversas tendencias. Pero, desde nuestro punto de vista, no existen facies de separación entre ellos, no son niveles planos, ni aislados, ni jerarquizados. Son básicamente conflictivos y sus relaciones cambiantes. De ahí la reivindicación de la historicidad del paisaje. Esta visión se opone radicalmente a un supuesto y asumido conservadurismo del medio rural, que correspondería al tiempo largo braudeliiano. Y esto en todos los aspectos, incluida la percepción y las manifestaciones religiosas y rituales, consideradas tradicionalmente prácticamente inamovibles. Estas interpretaciones ignoran la dinámica temporal y tienden a ser por

ello meramente reconstructivistas, del mismo modo que no tienen en cuenta la dinámica espacial. Es decir, ignoran el cambio y por lo tanto no abordan un estudio histórico del paisaje.

No es fácil escapar a la visión estratificada del paisaje y algunos estudios espaciales de la segunda mitad del siglo xx han contribuido a ello. Por una parte la proliferación de trabajos excesivamente locales ha llevado, por ejemplo, a la hipervaloración de determinados yacimientos arqueológicos o a explicaciones miopes de estructuras de explotación. Nos estamos refiriendo al problema de las escalas, en el que la cuestión central no es necesariamente el tamaño, sino la comprensión de las redes de relaciones entre los diversos registros. Por otra parte, a los niveles establecidos en el análisis espacial en Arqueología (micro, semi-micro, macro) que en vez de ser interpretados metodológicamente, lo han sido como niveles de investigación independientes, esclerotizados e inconexos. El paisaje no es ni un puzzle, en el que hay que hacer encajar todas las piezas, ni una foto fija, sino una trama de relaciones inestable, permanentemente desajustada.

Métodos y técnicas

En buena medida, los avances en la Arqueología del paisaje están vinculados a un mejor y mayor conocimiento del mundo rural antiguo. Siempre se ha afirmado de manera general el protagonismo de la tierra y del poblamiento rural en el mundo antiguo, pero en rara ocasión esto, universalmente admitido, es objeto de una atención específica (Garnsey y Saller, 1991: 81-102); simplemente se da por supuesto. Indudablemente, hay tendencias y métodos que recientemente han contribuido a que realmente ocupe un lugar importante en la investigación arqueológica, más allá de los listados de yacimientos con clasificaciones más o menos depuradas.

La Arqueología espacial marcó una primera fase, al introducir la elaboración de patrones de distribución y relación entre asentamientos y la incorporación de los territorios de explotación y de captación de recursos. No entraremos ahora en los problemas del abuso de la modelización y la inflación generada. En cualquier caso, esa fase supuso la reivindicación del espacio²⁹, la superación de la estructura del registro arqueológico tradicional, y un paso adelante en la documentación de la verdadera naturaleza del paisaje.

²⁹ Para el mundo romano, sin embargo, las raras aplicaciones siguieron partiendo del modelo monolítico de la ciudad jerarquizando el territorio.

Reivindicar del espacio no implica la relegar el tiempo. El estudio del paisaje debe ser capaz de percibir y estudiar los cambios que se han producido y todavía se producen en el mismo y de entender los diferentes ritmos y contradicciones que conviven en él. El análisis del paisaje requiere un constante cambio de escala (de la regional a la micro-regional o a un yacimiento concreto), recurriendo a cada una de forma independiente o empleándolas de manera conjunta: esta globalidad y versatilidad son insustituibles y la estrategia de trabajo debe contemplarlas desde el principio. Por ello los resultados de algunos de los trabajos más recientes confirman que la investigación exige la adopción de una aproximación flexible e interdisciplinar, en la que se combinen diversos métodos.

En este contexto, y desde hace algunos años, la prospección y otras técnicas no destructivas en general (fotografía aérea, teledetección, prospección geofísica y geoquímica, etc.) han ido cobrando un mayor protagonismo en el análisis del paisaje, frente a otra serie de métodos tradicionalmente identificados con el estudio arqueológico, como la excavación (Pasquinucci y Trément, 2000). Entre toda esta serie de técnicas se puede afirmar que la prospección es la aproximación metodológica que más impulso ha dado a los estudios sobre el paisaje. En realidad todas las técnicas no-destructivas mencionadas son técnicas de prospección. Nos vamos a detener ahora en la prospección de superficie, entendida como el reconocimiento sistemático del terreno, con el objetivo de documentar los elementos visibles sobre la superficie del mismo en los que perduran morfologías antiguas. La prospección ya posee una historia relativamente larga, desde su sistematización en los años 1970, cuando se vinculó al desarrollo de los modelos de poblamiento de la Arqueología espacial. Sin embargo, en los últimos años ha experimentado una importante renovación, vinculada fundamentalmente a proyectos de investigación planteados en el marco de la Arqueología del paisaje³⁰.

La razón de la vinculación de la Arqueología del paisaje con el desarrollo de la metodología de prospección se encuentra en sus mismos planteamientos de partida: el cambio conceptual que supone pasar del objeto particular al paisaje en su estudio histórico exige un replanteamiento del diseño y alcance de la investigación; en este contexto la prospección regional ha adquirido un papel fundamental como eje articulador del estudio del paisaje. Su fácil adapta-

ción a muchas áreas y períodos históricos hace de ella un método de gran valor para estudiar el paisaje en conjunto. Frente a esto, no se puede olvidar que la prospección no permite recoger datos de diferentes periodos de una forma homogénea y sin vacíos, como si se tratara de un enorme aspirador: algunos tipos de datos son más susceptibles de ser recuperados que otros; por otra parte estos últimos serán además filtrados por las técnicas de prospección empleadas (Barker, 1991 y 1995). Pero no sólo los tipos de datos plantean problemas sino también el terreno en que se trabaja, y esto debe tenerse en cuenta en la elección de las técnicas de prospección y el diseño de la misma. En cualquier proyecto arqueológico las metodologías seleccionadas forman el punto vital de unión entre los objetivos generales de investigación y la naturaleza de los datos.

En definitiva, son los objetivos de partida los que condicionan el diseño de la metodología, la forma en que se desarrolla la prospección y el tipo de datos que se recogen, y no a la inversa. La ausencia de unos objetivos claros puede hacer que el paso de los datos a la interpretación sea un salto al vacío, cayendo en el riesgo de que los datos se ajusten a un modelo preconcebido. Por eso, la reflexión sobre la metodología empleada es importante y hay que adaptarla a los problemas concretos planteados en cada proyecto de investigación.

Sin embargo, el desarrollo de la metodología de prospección se encuentra con un grave problema: la idea generalizada de que se trata de una técnica sin complicaciones (caminar por el campo observando y registrando la superficie del terreno) que se puede aplicar por igual a todo tipo de paisajes. Como afirman Cambi y Terrenato (1994), generalmente se cree que con una dosis de sentido común es posible recoger sobre el campo la mayor parte de los datos necesarios para su interpretación. Pero, por el contrario, la prospección exige una reflexión sobre sus características específicas, el tipo de datos que proporciona y los problemas que plantea: parcialidad de los datos, visibilidad diferencial del terreno, relación entre la arqueología de superficie y la arqueología enterrada, la arqueología *off-site*, la datación, etcétera.

Como en otras áreas del análisis arqueológico cada vez es más evidente lo mucho que queda por saber sobre la naturaleza del registro de superficie, su formación por agentes culturales y naturales, su relación con el comportamiento humano que lo originó y nuestra habilidad para investigarlo de una forma científicamente repetible. Estas son las cuestiones que están en la base del desarrollo de la metodología de prospección y en relación con los problemas que se han enumerado en el párrafo anterior.

³⁰ Sobre estas cuestiones, ver Alcock, 2000 y una revisión general sobre la prospección regional en el Mediterráneo y su futuro en Francovich, Patterson y Barker, 2000.

Al igual que ha ocurrido con la excavación, las técnicas básicas de la prospección están ahora bien asentadas. Superado el periodo en que se puso el énfasis en la localización y cuantificación de los restos de superficie, parece claro que es necesario, sin embargo, que la prospección no se desarrolle independientemente de la reflexión teórica y metodológica a la hora de afrontar los problemas que plantea la interpretación del material sin estratificar de superficie. Esto requiere, por una parte, lograr un balance entre las diferentes escalas y la definición de los distintos procedimientos arqueológicos, mientras que por otra, esto permitirá una mejor integración de diferentes tipos de datos (Gaffney, 2000: 41). Esto es especialmente importante en áreas difíciles, con poca visibilidad, en las que todavía la prospección está relegada a un segundo plano y la excavación es la que da las pautas para su integración en la investigación³¹. Uno de los puntos clave, por tanto, debe ser el desarrollo de una reflexión sobre la metodología de prospección y los procedimientos más adecuados para el estudio del paisaje, de acuerdo con las características de la región sobre la que se va a trabajar y los problemas que plantea el reconocimiento del terreno. El método elegido afectará a la forma en la que se realiza la documentación y a los tipos de datos recogidos y su interpretación: el registro de superficie —al igual que el de excavación, por otra parte— está fuertemente condicionado por la forma en que nos enfrentamos a él. No se trata de recoger sólo los materiales visibles en superficie, sino entender dónde están situados, en qué unidad del paisaje y con qué elementos están asociados; en resumen se trata de sacar el máximo partido a la información que proporciona el paisaje actual a partir de un registro completo del mismo —incluyendo la detección de anomalías y formas que perduran—, y no sólo de la información que es visible en las superficies aradas.

Hasta el momento la mayoría de los programas de prospección se ha centrado en el reconocimiento de campos arados: es en este tipo de paisajes donde se han realizado los logros más impresionantes en la documentación de sistemas clásicos de asentamiento rural. Sin embargo, desde hace algunos años, y a raíz del desarrollo de los estudios sobre el pastoreo y la etnoarqueología, se está planteando la necesidad de desarrollar una metodología de prospección váli-

³¹ Esto ha ocurrido, por ejemplo, en áreas de montaña consideradas marginales en la ordenación del territorio y relegadas en la investigación. Igualmente amplias regiones han sido dejadas de lado por la débil urbanización en la Antigüedad y la existencia de un registro material básicamente relacionado con un poblamiento rural.

da en zonas altas, montañosas, y con poca visibilidad de superficie (Fabre, 2000). A esta renovación están contribuyendo cuestiones como la documentación de la arqueología *off-site*, el desarrollo de los estudios del paisaje a partir de la fotografía aérea y la integración de la geoarqueología en proyectos interdisciplinares.

La interpretación de los resultados de la prospección debe pasar por considerar las limitaciones que las estrategias de recogida imponen a los datos. En lo que se refiere a éstas —muy vinculadas a la elección de la estrategia de muestreo— son muy importantes tanto las cuestiones relacionadas con la visibilidad de superficie como las relativas a la concepción del registro arqueológico. Nos vamos a centrar ahora en esta segunda cuestión.

Por la importancia que tiene para la interpretación, todo lo referente a los problemas de recogida, documentación y clasificación de los datos es uno de los puntos de debate más traídos y llevados en la bibliografía (un resumen en Mattingly, 2000). La discusión se ha articulado, fundamentalmente, en torno a los conceptos de yacimiento y «materiales que no se corresponden con yacimientos» (*site* y *off-site* según la terminología anglosajona). La consideración del registro *off-site* supone dejar de lado la asunción de que el registro arqueológico se divide, por una parte, en yacimientos, distintos y reconocibles, y por otra, en zonas más o menos vacías (Foley, 1981; Wilkinson, 1994). Tiene presente que gran parte de las actividades humanas (como la caza, el pastoreo o la agricultura) dejan pequeñas cantidades de restos distribuidos en un radio de unos cientos de metros: el material se reparte de forma desigual pero continua en el paisaje actual, que es igualmente un todo continuo. Lógicamente cualquier estudio del registro *off-site* ha de contar con los avances de la geoarqueología a los que nos hemos referido más arriba.

La evolución de la idea de yacimiento ha ido de la mano de la definición de la complejidad de la arqueología de superficie y de la reivindicación del registro *off-site*. Se han propuesto numerosas hipótesis en relación con la interpretación de los materiales *off-site*. Parece que en la Antigüedad clásica puede afirmarse que el principal factor de creación de materiales *off-site* es el abonado, aunque otra serie de agentes también tienen una influencia significativa: factores accidentales de pérdida y rotura, pérdidas desde los sitios de asentamiento o desde otra serie de localidades usadas que no son sitios de ocupación fijos, alteraciones postdeposicionales, etc. (Rimington, 2000: 192-193). Dejando de lado de momento las diferentes interpretaciones, ya casi

nadie niega que la llamada arqueología *off-site* existe; sin embargo las reacciones hacia ella varían. Algunos trabajos admiten su existencia pero se centran en la definición de yacimientos como el objetivo principal de la prospección de superficie. Otra serie de trabajos intentan registrar la complejidad del material de superficie, abandonando el yacimiento como la unidad mínima de recogida de datos para tomar en consideración la distribución sobre el territorio de los materiales individuales. El problema en estos casos es que la separación de los yacimientos de los *off-sites* se realiza casi siempre aplicando medios matemáticos. Una crítica reciente a estos sistemas en los que la frontera entre yacimiento/*off-site* está definida en función del número de fragmentos documentados en la superficie es la realizada por Bintliff (2000). En su artículo cuestiona aquellos proyectos en los que el objetivo principal es el descubrimiento de yacimientos a partir del uso de una «fórmula mágica» arbitraria que normalmente se basa en la definición de yacimientos como lugares con más de una densidad «x» de hallazgos. Como afirma Bintliff, la definición de un yacimiento es inseparable del reconocimiento de cómo se ha creado toda la superficie de materiales en su variedad y complejidad. Bintliff afirma que los materiales de superficie no son nunca homogéneos, por lo que no puede existir una fórmula mágica que simplifique la complejidad de los datos para crear entidades simples (esto es, yacimientos, generalmente lugares de asentamiento) dejando lo demás como un *off-site* continuo sin investigar.

La reivindicación del registro *off-site* ha llevado a considerar que el material de superficie no es un mero reflejo de los restos enterrados en el subsuelo ni tiene porqué corresponderse con la existencia de un yacimiento enterrado. El impacto de toda una serie de prácticas (cultivo, aterrazamientos, explotación minera, gestión del agua, etc.) debe tenerse en cuenta a la hora de interpretar el registro material antiguo. Si se consideran otra serie de criterios, y no sólo el de la aparición de material en superficie, se ve claramente que los procesos de formación del paisaje son enormemente complejos. Por lo tanto la interpretación del mismo tiene que tener en cuenta una gran variedad de factores, relacionados con la naturaleza de los datos de superficie y la correspondencia de la superficie con la realidad de lo que está enterrado.

El paisaje, en su materialidad, como síntesis de la acción humana en el espacio a lo largo del tiempo, se convierte así en el objeto del estudio arqueológico. Desde esta perspectiva, el estudio del paisaje parte de la idea de que el análisis de las

sociedades antiguas es posible desde el estudio de los productos de sus acciones e imaginaciones. Pero entendiendo el paisaje no como un mero reflejo de estas acciones, sino como parte de las mismas sociedades, ya que el espacio, al igual que el tiempo, no son coordenadas externas, sino que forman parte de la sociedad.

Hay dos dificultades básicas en esta aproximación. La primera de ellas es que no hay una estratigrafía del paisaje —aunque haya elementos que puedan ser estudiados estratigráficamente— sino que éste está ocupado continuamente. La segunda reside en que los elementos morfológicos detectados no son en realidad antiguos, sino actuales y perpetúan, de diversas maneras, formas del pasado. Por eso su estudio no se puede hacer de una forma directa, identificando formas de manera automática y relacionándolas mecánicamente con las realidades sociales que se estudian. Cualquier aproximación arqueológica al paisaje requiere una comprensión básica de los procesos físicos y culturales de la formación del mismo. Cada paisaje está compuesto por elementos cuyos orígenes y desarrollo pueden ser investigados; pero, por otra parte, cada paisaje es el producto único de las complejas y singulares interacciones entre sus diferentes y distintos componentes (Muir, 1999). El análisis «regresivo» del paisaje (Leveau, 1999) o recorrido «a la inversa» (Vicent, 1991), desde la materialidad del paisaje al estudio de las sociedades antiguas, va más allá de una mera reconstrucción, e implica proceder por niveles, que van desde los elementos directamente detectables a la interpretación más compleja de los mismos (Orejas, 1991: 212).

Desarrollar este tipo de estrategias de investigación a escala regional exige la puesta a punto de una serie de herramientas adecuadas para esta integración y que permitan la estandarización de la metodología de la Arqueología del paisaje. Básicamente se trata de poder integrar en el análisis los registros a los que nos hemos referido. En este sentido cobran protagonismo los Sistemas de Información Geográfica (SIG) por su versatilidad para trabajar con toda una serie de datos espacialmente referenciados (Gillings, Mattingly y Van Dalen, 1999; Sande Lemos y otros, 2000).

En resumen, los temas que hemos tratado forman parte de un mismo problema: la concepción del registro arqueológico marca la forma en que los datos se recogen y se agrupan y la manera en que éstos se emplean en el proceso de investigación histórica. Identificar, por ejemplo, un área de materiales en un campo cultivado con un tipo de asentamiento antiguo (una *uilla*, una aglomeración secundaria) es un

salto interpretativo notable. Incluso cuando se trata de materiales asociados a formas aparentemente claras (un castro, por ejemplo) este salto comporta una toma de posición sobre la naturaleza de la ocupación antigua. Una lectura directa entre los elementos del registro arqueológico y su significación social puede llevar a interpretaciones equivocadas del paisaje. La tipología de yacimientos es, sin embargo, un instrumento de análisis muy difundido, especialmente en la Arqueología del mundo clásico: los mapas de distribución presentan los yacimientos de acuerdo con símbolos que se corresponden con el tipo (definido por tamaño y función) al que se han atribuido en la prospección. Esto, que permite ofrecer una imagen más articulada del poblamiento antiguo, y presentar los datos de una forma más completa, se convierte a veces en una trampa, simplificando, en vez de enriqueciendo, el estudio del paisaje, ya que generalmente se cae en un doble error:

- En la aplicación indiscriminada de tipologías, pretendiendo establecer los mismos parámetros que funcionan en otras áreas completamente distintas.
- En convertir —al no ir más allá de la tipología— el estudio del paisaje en una sucesión de capas estáticas que se superponen.

Uno de los problemas que plantea la aplicación de tipologías generales es que en muchos casos estas definiciones se establecen desde la suposición previa de la existencia de una determinada jerarquía de ocupación del suelo a partir de una serie de polos de poder y de «iniciativa agraria» como son el *oppidum*, la *uilla*, el castro o la aldea, independientemente de la época y del territorio tratado (Leveau, 1993). En este contexto la integración de la arqueología *off-site* se traduce de la siguiente manera: las densidades fuertes se corresponden con lugares de asentamiento mientras que las densidades menores lo hacen con zonas agrarias. Por lo tanto, los dos errores que acabamos de anotar se reproducen en la arqueología *off-site*, si el registro se objetualiza.

En realidad gran parte de los trabajos realizados sobre la Antigüedad clásica mediterránea parten de dos apriorismos fundamentales: en primer lugar, que los cambios en el registro están relacionados mecánicamente con cambios sociales; en segundo lugar, que el registro cerámico es mejor indicador del cambio que otros tipos de datos. Así se cae en errores como contabilizar el «grado» de romanización de un territorio a partir de la cerámica de superficie o defender la convivencia de distintos sistemas sociales funcionando al mismo tiempo en una misma zona.

El análisis aislado del registro cerámico lleva a caer en una visión estática de las transiciones y las fronteras excluyendo el cambio, negando la posibilidad de cambio si las tradiciones cerámicas permanecen (Chapman, 1999: 66).

* * *

El paisaje es, ante todo, el espacio de las relaciones sociales; la relación de la comunidad con el entorno no es distinta de las relaciones sociales, como tampoco lo es la explotación de los recursos o la manera en que una comunidad percibe su mundo. La diferenciación entre paisaje y territorio no es necesariamente una cuestión de escalas físicas, ya que en ambos confluyen elementos sólo detectables a distintas escalas espaciales. Lo económico, lo político, lo socio-cultural, lo imaginario no son disociables y estratificables, sino registros sintetizados en el paisaje. Por eso es síntesis y conflicto, y por eso es, fundamentalmente móvil, fundamentalmente cambiante, fundamentalmente histórico. La búsqueda de coincidencia espacial e ideológica de los registros que hemos mencionado es una de las causas mayores de conflicto en la historia de la humanidad.

La Arqueología del paisaje es campo de debate entre disciplinas y tendencias, recoge legados centenarios y aportaciones recientes (Jones, 1993), pero es ante todo una propuesta metodológica para la investigación de las sociedades antiguas desde su espacialidad. El objeto de estudio no es un paisaje antiguo «real» material, sino la síntesis histórica de múltiples realidades sincrónicas y diacrónicas. La concepción misma del patrimonio arqueológico y las medidas de protección y difusión relacionadas con él no pueden ignorar estas nuevas orientaciones en la investigación, estrechamente relacionadas con la labor de conexión entre el pasado y el presente que realiza la Arqueología del paisaje.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCOCK, S., 2000: «Extracting meaning from ploughsoil assemblages: assessments of the past, strategies for the future», *Extracting Meaning from Ploughsoil Assemblages*, Eds. Francovich, R., Patterson, H. y Barker, G. Oxford, 1-4.
- ALMAGRO BASCH, M., 1935: «El problema de la invasión céltica en España, según los últimos descubrimientos», *Investigación y Progreso*, 9, 180-184.
- ALMAGRO BASCH, M., 1952: «La invasión céltica en

- España», en *Historia de España*, vol. I, 2. Ed. Menéndez Pidal, R. Madrid, 1-278.
- ALMAGRO, M. y RUIZ ZAPATERO, G., 1992: «Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro», *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Eds. Almagro, M. y Ruiz Zapatero, G. Madrid, 469-499.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J., 1999: *Los Vettones*. Madrid.
- ARIÑO, E., 1994: «Les cadastres romains d'Hispanie: état actuel de la recherche», *Structures rurales et Sociétés Antiques (Actes du Colloque de Corfou)*. Eds. Doukellis, P.N. y Mendoni, L. G. París, 309-328.
- ARIÑO, E. y GURT, J. M., 1998: «Les centuriations d'Augusta Emerita», *Atlas historique des cadastres d'Europe I*. Eds. Clavel-Lévêque, M. y Vignot, A., dossier II. Bruselas-Luxemburgo.
- Arqueología del Paisaje, 1998: *Arqueología del Paisaje. (5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial)*. *Arqueología Espacial*, 19-20.
- BARKER, G., 1989: «The archaeology of Italian shepherd», *Transactions of the Cambridge Philological Society*, 215, 1-19.
- BARKER, G., 1991: «Approaches to archaeological survey». *Roman Landscapes. Archaeological survey in the Mediterranean region*. Eds. Barker, G. y Lloyd, J. A. Londres, 1-9.
- BARKER, G., 1995: *A Mediterranean Valley. Landscape Archaeology and Annales History in the Biferno Valley*. Londres.
- BARKER, G., 1996: *Farming the desert. The UNESCO Libyan Valleys Survey. Vol I: Synthesis*. Londres.
- BARKER, G. y BINTLIFF, J., 1999: «Geoarchaeology in Mediterranean Landscape Archaeology: Concluding Comments», *Environmental Reconstruction in Mediterranean Landscape Archaeology*. Eds. Leveau, Ph., Trément, F., Walsh, K. y Barker, G. Oxford, 207-210.
- BARKER, G. W. y LLOYD, J. A. (eds.), 1991: *Roman Landscapes. Archaeological survey in the Mediterranean region*, Archaeological Monographs of the British School at Rome, 2. Londres.
- BELL, M. y BOARDMAN, J. (eds.), 1992: *Past and Present Soil Erosion. Archaeological and Geographical Perspectives*. Londres.
- BINTLIFF, J., 1976: «Sediments and settlement in southern Greece». *Geoarchaeology. Earth Science and the past*. Eds. Davidson D. A. y Shackley, L. Londres, 267-275.
- BINTLIFF, J., 1996: «Interactions of theory, methodology and practice», *Archaeological Dialogues*, 2, 246-255.
- BINTLIFF, J., 2000: «The concepts of "site" and "off-site" archaeology in surface artefact survey». *Non-Destructive Techniques Applied to Landscape Archaeology*, Eds. Pasquinucci, M. y Trément, F. Oxford, 200-215.
- BINTLIFF, J. y SBONIAS, K. (eds.), 1999: *Reconstructing Past Population Trends in Mediterranean Europe. The Archaeology of Mediterranean Landscapes*, 1. Oxford.
- BOSCH GIMPERA, P., 1932: *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.
- BOTTEMA, S., ENTJES-NIEBOG, G. y VAN ZEIST, W. (eds.), 1990: *Man's Role in the Shaping of the Eastern Mediterranean Landscape*. Rotterdam.
- BRADLEY, R., 2000: *An Archaeology of natural places*. Londres.
- BRAVARD, J.-P.; CAMMAS, C.; NEHLIG, P.; POUPET, P.; SALVADOR, P.-G. y WATTEZ, J., 1999: *La géologie. Les sciences de la terre*. París.
- BRUNET, M. y POUPET, P., 1997: «Territorie délien», en «Études. Chroniques et rapports», *BCH*, 121, 776-782.
- BURILLO, F. (ed.), 1993: *Fronteras. Arqueología espacial*, 13-14. Teruel.
- BURILLO, F., 1998: *Los celtíberos. Etnias y Estados*. Barcelona.
- BUTZER, K. W., 1989: *Arqueología. Una ecología del hombre. Método y teoría para un enfoque contextual*. Barcelona (= *Archaeology as human ecology*, 1982. Cambridge).
- CAILLEMER, A. y CHEVALLIER, R., 1956, *Atlas des centuriations romaines de Tunisie*, París.
- CAMBI, F. y TERRENATO, N., 1994: *Introduzione all'archeologia dei paesaggi*. Roma.
- CAMPBELL, B., 2000: *The writing of roman land surveys: introduction, text, translation and commentary*. Londres.
- CAVALIERI-MANASSE, G., 2000: «Un documento cadastrale dall'agro centuriato veronese», *Athenaeum*, 88, 5-48.
- CHAO, J. J.; MESA, J. F., y SERRANO, M., 1999: «Un nuevo bronce hallado en la Alcudia», *Ciudades privilegiadas del Occidente romano*. Ed. González, J. Sevilla, 417-424.
- CHAPMAN, J., 1999: «Archaeological Proxy-Data for Demographic Reconstructions: Facts, Factoids or Fiction?». *Reconstructing Past Population Trends in Mediterranean Europe*. Eds. Bintliff, J. y Sbonias, K. Oxford, 65-76.
- CHARTIER, A., 1996: «La forme parcellaire de la centuriation B d'Orange dans la région de Pierrelatte (Drôme)». *Les formes du paysage. Tome I. Etudes sur les parcellaires*. Dir. Chouquer, G., París, 83-90.

- CHOUQUER, G., (dir.), 1996a: *Les formes du paysage. Tome 1. Etudes sur les parcellaires*. París.
- CHOUQUER, G., (dir.), 1996b: *Les formes du paysage. Tome 2. Archéologie des parcellaires. Actes du Colloque d'Orleans (mars 1996)*. París.
- CHOUQUER, G., (dir.), 1997: *Les formes du paysage. Tome 3. L'analyse des systèmes spatiaux*. París.
- CHOUQUER, G., 2000: *L'étude des paysages. Essais sur leurs formes et leur histoire*, París.
- CHOUQUER, G.; CLAVEL-LÉVÊQUE, M.; FAVORY, F. y VALLAT, J.-P., 1987: *Structures agraires en Italie centro-méridionale. Cadastres et paysages ruraux*, BEFAR. París-Roma.
- CLAVEL-LÉVÊQUE, M., 1983: «Pratiques impérialistes et implantations cadastrales», *Ktemá*, 8, 185-251.
- CLAVEL-LÉVÊQUE, M., 1995: *Atlas des Cadastres de Gaule I. Le réseau centurié Béziers B*. París.
- Clavel-Lèveque, M. y OREJAS, A. (dirs.), 2002: *Atlas historique des cadastres d'Europe II*. Luxemburgo.
- CLAVEL-LÉVÊQUE, M. y VIGNOT, A. (dirs.), 1998: *Atlas historique des cadastres d'Europe I*. Luxemburgo.
- CORTADELLA, J., 1988: «M. Almagro Bash y la idea de la unidad de España», *Studia Historica, Historia Antigua*, VI, 2-25.
- CORTADELLA, J., 1994: «L'histoire de la recherche sur les cadastres romains», *De la terre au ciel. Paysages et cadastres antiques*. Eds. Clavel-Lévêque, M., Jouffroy, I., y Vignot, A. París, 173-196.
- COSGROVE, D. E., 1984: *Social formation and Symbolic Landscape*. Londres-Sidney.
- CRiado, F., 1993: «Visibilidad e interpretación del registro arqueológico», *Trabajos de Prehistoria*, 50, 39-56.
- CRiado, F., 1994: «Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje», *SPAL*, 2, 9-55.
- CRiado, F. y BALLESTEROS, P., 2002: «La arqueología rural: contribución al estudio de la génesis y evolución del paisaje tradicional». *I Congreso de ingeniería civil, territorio y medioambiente (Madrid, 13-15 de febrero de 2002)*, vol. 1. Madrid, 461-479.
- CRiado, F. y SANTOS, M., 1998: «Espacios simbólicos», *Arqueología del Paisaje. 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial, Arqueología Espacial*, 19-20, 503-505.
- DAVIDSON, D.A. y SHACKLEY, L. (eds.), 1976: *Geoarchaeology. Earth Science and the past*. Londres.
- DONKIN, R.A., 1979, *Agricultural Terracing in the Aboriginal New World*, Tucson.
- ESPARZA, A., 1999: «Economía de la meseta prerromana», *Studia Historica, Historia Antigua*, 17, 87-123.
- Estudios*, 1974: *Estudios sobre centuriaciones romanas en España*. Madrid.
- ÉTIENNE, R., 1995: «À propos du territoire d'Emerita Augusta (Mérida)», *Cité et territoire I*. Eds. Clavel-Lévêque, M. y Plana, R. París, 27-32.
- FABRE, G. (coord.), 2000: *Organisation des espaces antiques: entre nature et histoire (table ronde organisée par le GRA Université de Pau et des Pays de l'Adour, les 21 et 22 mars 1997)*. Biarritz.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D, 1998: *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid.
- FLEMING, A., 1988: *The Dartmoor reaves: investigating prehistoric land divisions*, Londres.
- FOLEY, R., 1981: *Off-site Archaeology and Human Adaptation in Eastern Africa. An Analysis of Regional Artefact Sensity in the Amboseli, Southern Kenya*. Oxford.
- FOUACHE, E.G. (coord.), en prensa: *Actes de la conférence internationale Dynamiques environnementales et histoire en domaines méditerranéens*. París.
- FOWLER, P.J. y EVANS, J.G., 1967: «Plough-marks, Lynchets and Early Fields», *Antiquity*, XLI, 289-301.
- FRANCOVICH, R.; PATTERSON, H. y BARKER, G., (eds.), 2000: *Extracting Meaning from Ploughsoil Assemblages*. The Archaeology of Mediterranean Landscapes, 5. Oxford.
- GAFFNEY, V., 2000: *Ceramics and the site: is survey enough?, Extracting Meaning from Ploughsoil Assemblages*. Eds. Francovich, R., Patterson, H. y Barker, G., Oxford, 28-43.
- GARCÍA BELLIDO, A., 1943: «Los albiones del noroeste de España y una estela hallada en el occidente de Asturias», *Emerita*, 10, 65-74.
- GARCÍA BELLIDO, A., 1951: «Breve esquema del proceso de indogermanización de España», *Argensola*, 2, 321-328.
- GARCÍA MORENO, A., 1993: «Organización sociopolítica de los Celtas en la Península Ibérica». *Los Celtas. Hispania y Europa*, Madrid, 327-355.
- GARNSEY, P. y SALLER, R., 1991: *El imperio Romano. Economía, sociedad y cultura*. Barcelona (= *The Roman Empire. Economy, Society and Culture*. Londres).
- GILLINGS, M.; MATTINGLY, D. y VAN DALEN, J. (eds.), 1999: *Geographical Information Systems and Landscape Archaeology*. The Archaeology of Mediterranean Landscapes, 3. Oxford.
- GILMAN, A., 1997: «Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos», *Trabajos de Prehistoria*, 54-2, 81-92.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.-J; PÉREZ LARGACHA, A. y VA-

- LLEJO GIRVÉS, M., 1994: *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá de Henares.
- GRAN-AYMERICH, E., 1998: *Naissance de l'archéologie moderne: 1798-1945*. París.
- GRAU, L. y HOYAS, J. L. (eds.), 2001: *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto del año 15 a. C.*, Valladolid.
- GREEN, S.W. y PERLMAN, S.M. (eds.), 1985: *The Archaeology of Frontiers and Boundaries. Studies in Archaeology*. Londres.
- GREEVES, T., 1989: «Archaeology and the Green movement: a case for perestroika», *Antiquity*, 64, 659-666.
- GUILAINE, J. (dir.), 1991: *Pour une archéologie agraire. À la croisée des sciences de l'homme et de la nature*. París.
- HODDER, I., 1982a: *Symbols in Action*, Cambridge.
- HODDER, I. (ed.), 1982b: *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge.
- HODDER, I., 1986: *Reading the past. Current approaches to interpretation in Archaeology*, Cambridge (= 1988, *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona).
- HOLLIDAY, V.T. (ed.), 1992: *Soils in Archaeology. Landscape Evolution and Human Occupation*. Washington.
- JALUT, G., 1991: «Le pollen, traducteur du paysage agraire», *Pour une archéologie agraire. À la croisée des sciences de l'homme et de la nature*. Dir. Guilaine J. París, 345-368.
- JONES, M., 1993: «The elusive reality of Landscape. Concepts and Approaches in Research», *Heritage. Conservation, Interpretation and Enterprise*. Ed. Fladmark, J.M., 17-40.
- KARDULIAS, P.N., 1994: *Beyond the site. Regional studies in the aegean area*. Maryland.
- LEONARDI, G.; MIGLAVACCA, M. y NARDI, S., 1999: «Soil Phosphorus Analysis as an Integrative Tool for Recognizing Buried Ancient Ploughsoils», *Journal of Archaeological Science*, 26, 343-352.
- LEVEAU, Ph., 1993: «Territorium urbis. Le territoire de la cité romaine et ses divisions: du vocabulaire aux réalités administratives». *REA*, 95, 3-4, 459-471.
- LEVEAU, Ph., 1999: «The integration of Archaeological, Historical and Paleoenviromental Data at the Regional Scale: The vallée de Baux, Southern France». *Environmental Reconstruction in Mediterranean Landscape Archaeology*. Eds. Leveau, P.; Trément, F.; Walsh, K.; Barker, G., 181-191.
- LEVEAU, P.; TRÉMENT, F.; WALSH, K. y BARKER, G. (eds.), 1999: *Environmental Reconstruction in Mediterranean Landscape Archaeology*, The Archaeology of Mediterranean Landscapes, 2. Oxford.
- LÉWUILLON, S., 1991: «Les murs de pierre sèche en milieu rural», *Archéologie agraire*. Ed. Guilaine, J. París, 193-221.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, O., 2001: «Europa y la creación de los modelos célticos. El origen del paradigma étnico-cultural», *Trabajos de Prehistoria*, 58-2, 69-88.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., 1946: *Esquema paleoetnológico de la Península Ibérica*. Seminario de Historia Primitiva del Hombre. Madrid.
- MARTÍNEZ, A.; FÁBREGAS, R. y FRANCO, S., 2000: «Evolución del paisaje y actividad humana en el área de Monte Penide (Redondela, Pontevedra): una aproximación metodológica», *Trabajos de Prehistoria*, 57- 1, 173-184.
- MATTINGLY, D., 1996: *Farming the desert. The UNESCO Libyan Valleys Survey. Vol II: Gazettee and Pottery*. Londres.
- MATTINGLY, D., 2000: *Methods of collection, recording and quantification, Extracting Meaning from Ploughsoil Assemblages*. Eds. Francovich, R., Patterson, H. y Barker, G. Oxford, 5-15.
- Misurare la terra, 1984: Settis, S. (coord.), *Misurare la terra: centuriazione e coloni nel mondo romano*. Módena.
- Misurare la terra, 1985: Bussi, R. y Vandelli, V. (eds.), *Centuriazioni e coloni nel mondo romano: città, agricoltura, comercio: materiali da Roma e dal Suburbio*.
- Misurare la terra, 1989a: Bosio, L. (coord.), *Centuriazione e coloni nel mondo romano. Il caso veneto*.
- Misurare la terra, 1989b: Settis, S. y Pasquinucci, M. (coords.), *Centuriazione e coloni nel mondo romano. Il caso modenese*.
- MOATTI, C., 1992: «Étude sur l'occupation des terres publiques à la fin de la République romaine», *Cahiers du Centre Gustave Glotz*, 3, 57-73.
- MOODY, J. y GROVE, A., T., 1990: «Terraces and enclosure walls in the Cretan Landscape», *Man's Role in the Shaping of the Eastern Mediterranean Landscape*. Eds. Bottema, S., Entjes-Nieborg, G. y van Zeist, W. Rotterdam, 183-191.
- MUIR, R., 1999: *Approaches to landscape*. Londres.
- ÑACO, T.; OLESTI, O. y PRIETO, A. (eds.), 2000: *Análisis paleoambientales y estudio del territorio (Seminario de la Action Cost G2, Barcelona, 23.05. 1988)*. Barcelona.
- OLESTI, O. y PLANA, R., 1993: «Les cadastres anciens en Espagne. Bilan et perspectives (1990-1993)», en «Paysages et cadastres de l'Antiquité».

- Chronique 1993», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 19-2, 352-359.
- OREJAS, A., 1991: «Arqueología del Paisaje: Historia, problemas y perspectivas», *Archivo Español de Arqueología*, 64, 191-230.
- OREJAS, A., 1995: *Del «marco geográfico» a la Arqueología del paisaje. La aportación de la fotografía aérea*. Madrid.
- OREJAS, A., 1998: «El estudio del Paisaje: visiones desde la Arqueología», *Arqueología del Paisaje. 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial, Arqueología Espacial* 19-20, 9-19.
- OREJAS, A. (dir.), 2001: *Atlas historique des zones minières d'Europe I*. Luxemburgo.
- OREJAS, A., 2002: «El territorio de las *ciuitates peregrinas* en los tratados de agrimensura. Las *ciuitates* del Noroeste hispano», *Habis*, 33, 387-404.
- OREJAS, A. (dir.), en prensa: *Atlas historique des zones minières d'Europe II*. Luxemburgo.
- OREJAS, A. y SASTRE, I., 1999: «Fiscalité et organisation du territoire dans le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique : *ciuitates*, tribut et *ager mensura comprehensus*», *Dialogues d'Historie Ancienne*, 25/1, 159-188.
- PALET, J.M. y RIERA, S., 2000: «Evolución y antropización del paisaje en zonas de baja montaña mediterránea: estudio arqueológico y paleoambiental de los sistemas de terrazas en la sierra litoral catalana», *Análisis paleoambientales y estudio del territorio (Seminario de la Action Cost G2, Barcelona, 23.05.1998)*. Eds. Ñaco, T., Olesi, O. y Prieto, A. Barcelona, 101-117.
- PARCERO, C., 1998: *La arqueología de la Gasificación de Galicia 7: hacia una arqueología agraria de la cultura castreña, Tapa 9*, Santiago de Compostela.
- PASQUINUCCI, M. y TRÉMENT, F. (eds.) 2000: *Non-Destructive Techniques Applied to Landscape Archaeology, The Archaeology of Mediterranean Landscapes*, 4. Oxford.
- PEREIRA, G., 1992: «Aproximación crítica al estudio de la etnogénesis: la experiencia de *Callaecia*», *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Eds. Almagro, M. y Ruiz Zapatero, G. Madrid, 35-43.
- PIGANIOL, A., 1962: *Les documents cadastraux de la colonie romaine d'Orange. Gallia. Suppl. XVI*. París.
- PLÁCIDO, D., 1987-88: «Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano», *Habis*, 18-19, 243-256.
- PLÁCIDO, D., 1995-96: «La imagen simbólica de la Península Ibérica en la Antigüedad», *Studia Historica, Historia Antigua*, 13-14, 21-35.
- PLANA, R., 1994: «La Lusitanie romaine: histoire et espace rural», en «Paysages et Cadastres de l'Antiquité. Chronique 1994», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 20-2, 374-388.
- POUPET, P., 1999: «La pédologie», *La géologie. Les sciences de la terre*. Bravard, J.-P., Cammas, C., Nehlig, P., Poupet, P., Salvador, P.-G. y Wattez, J. París, 93-138.
- POUPET, P., 2000: «Science du sol et Archéologie. À propos d'un exemple délien», *Études rurales*, 153-154, 91-114.
- RAPP, G. y HILL, C.L., 1998: *Geoarchaeology. The Earth-Science Approach to Archaeological Interpretation*. Yale.
- RIMMINGTON, J.N., 2000: «Soil Geochemistry and Artefact Scatters in Boeotia, Greece». *Non Destructive Techniques Applied to Landscape Archaeology*. Eds. Pasquinucci, M. y Trément, F. Oxford, 190-199.
- RUIZ, A., y MOLINOS, M., 1993: *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. y RÍSQUEZ, C., 1998, «Paisaje y territorio mundo: dos dimensiones de una misma teoría arqueológica», *Arqueología del Paisaje. 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial, Arqueología Espacial* 19-20, 21-32.
- RUIZ, A.; SÁNCHEZ, A. y BELLÓN, J.P., 2002: «Proyecto Área. Los archivos de la arqueología ibérica: una arqueología para dos Españas», http://www.ujaen.es/centros/caai/informe_area1/fase.html.
- SÁEZ, P.; ORDÓÑEZ, S. y GARCÍA-DILS, S., 2002: «Apport à l'étude des centuriations romaines. Un cadastre du XVIIIème siècle dans le territoire d'Écija (Séville): La Luisiana», *Atlas historique des cadastres d'Europe II, dossier 2T*. Eds. Clavel-Lévêque, M. y Orejas, A. Luxemburgo.
- SÁNCHEZ, A. y CAÑABATE, M.L., 1998: *Indicadores químicos para la arqueología*. Jaén.
- SÁNCHEZ MORENO, E., 1995: «Mecanismos de contacto cultural al occidente de la Celtiberia», *II Simposio sobre Celtíberos. Poblamiento*. Zaragoza, 341-349.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. (ed.), 2000: *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. y MANGAS, J. (coords.), 2000: *El Edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*. León.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J.; RUIZ DEL ÁRBOL, M., 2000: «Estructuras agrarias y explotación minera en Lusitania nororiental: La Zona Arqueológica de Las Cavenes (El Cabaco, Salamanca)», *Sociedad*

- y *Cultura en Lusitania Romana. IV Mesa Redonda Internacional*. Coords. Gorges, J.-G. y Nogales, T. Mérida, 344-358.
- SANDE LEMOS, F.; BAENA, J.; DANTAS GIESTAL, C. y ROCHA, G., 2000: *Sistemas de Informação Arqueológica. SIG's aplicados à Arqueologia da Península Ibérica (Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular)*, vol. 10. Oporto.
- SANDOR, J.A., 1992: «Long-term Effects of Prehistoric Agriculture on Soils: Examples from New Mexico and Peru», *Soils in Archaeology. Landscape Evolution and Human Occupation*. Ed. Holliday, V.T. Washington, 217-246.
- SBONIAS, K., 1999: «Introduction to issues in Demography and Survey», *Reconstructing Past Population Trends in Mediterranean Europe*. Eds. Bintliff, J. y Sbonias, K., Oxford, 1-20.
- SCHIFFER, M.B., 1987: *Formation processes of the Archaeological Record*. Albuquerque.
- TILLEY, C., 1994: *A Phenomenology of Landscape*, Oxford.
- TRAINA, G., 1989: «Continuità e visibilità: premesse per una discussione sul paesaggio antico», *Archeologia Medievale*, 16, 683-693.
- TRIGGER, B., 1984: «Alternative Archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist», *Mann*, 19, 355-370.
- VAN ANDEL, T.H., 1994: «Geoarchaeology and Archaeological Science - A personal view», *Beyond the site. Regional studies in the aegean area*. Ed. Kardulias, P.N. Maryland, 25-44.
- VAN ANDEL, T. H. y RUNNELS, C., 1987: *Beyond the Acropolis. A Rural Greek Past*. Stanford.
- VAN ANDEL, T.H.; ZANGGER, E. y DEMITRAK, A., 1990: «Land Use and Soil Erosion in Prehistoric and Historic Greece», *Journal of Field Archaeology*, 17, 379-396.
- VERMEULEN, F. y DE DAPPER, M. (eds.), 2000: *Geoarchaeology of the Landscapes of Classical Antiquity. Proceedings of the International Colloquium. (Gent 1998)*, Gante, 2000.
- VICENT, 1991: «Fundamentos teóricos y metodológicos para un programa de investigación arqueogeográfica», *El cambio cultural del IV al II milenio a.C. en la comarca noroeste de Murcia*. Ed. López García, P. Madrid, 29-117.
- VICENT, J., 1998: «Entornos», *Arqueología del paisaje. 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial, Arqueología Espacial*, 19-20, 165-168.
- VICENT, J.; RODRÍGUEZ, A.; LÓPEZ, J.A.; ZAVALA, I.; LÓPEZ, P. y MARTÍNEZ, M. I., 2000: «¿Catástrofes ecológicas en la estepa? Arqueología del paisaje en el complejo minero-metalúrgico de Kargaly (región de Orenburg, Rusia)», *Trabajos de Prehistoria*, 57-1, 29-74.
- WAGSTAFF, J. M., 1992: «Agricultural terraces: the Vasilikus Valley, Cyprus», *Past and Present Soil Erosion. Archaeological and Geographical Perspectives*. Eds. Bell, M. y Boardman, J. Londres, 155-161.
- WILLKINSON, T. J., 1994: «The structure and dynamics of dry-farming in Upper Mesopotamia», *Current Anthropology*, 35, 483-520.
- ZANGGER, E., 1992: «Neolithic to present soil erosion in Greece. Past and Present Soil Erosion». *Archaeological and Geographical Perspectives*. Eds. Bell, M. y Boardman, J. Londres, 133-147.
- ZANGGER, E., 1996: *The Geoarchaeology of the Argolid*, Atenas.